

LOS INOCENTES DE LA MONCLOA

ACTO PRIMERO

Habitación de una pensión del barrio de Argüelles, de Madrid. Dos camas. Una de ellas, impecable; la otra, revuelta. Un gran armario de luna anticuado y muebles del mismo estilo, ajados y deteriorados. Balcón a mano izquierda, por el que llega, amortiguado, el ruido de la calle. Junto al balcón, una mesa camilla llena de papeles. Al levantarse el telón, JOSÉ LUIS, en pijama, revuelve un montón de papelititos doblados que hay en la mesa y, con gesto nervioso, coge uno y lee de prisa:

JOSÉ LUIS.— Tema cuarenta y cinco... Las servidumbres... (*Se alisa un poco el pelo, bebe un sorbo de agua de un vaso, pone el reloj de pulsera en marcha y se sitúa frente al espejo del armario para estudiar sus movimientos y gestos. Compone la figura y trata, no sin cierto nerviosismo, de dar tono doctoral a lo que dice.*) Las servidumbres. Historia. En Roma se definían las servidumbres como aquel derecho real por cuya virtud se obliga al dueño de una cosa a no ejercer en ella o a tolerar que se ejerza una actividad prefijada en provecho de cosa ajena o de la persona titular del derecho... (*Vacila. Acciona elegantemente con los brazos. Carraspea un poco y va enhebrando el hilo del discurso un poco a la carretilla, procurando dar tono y gravedad a lo que dice por encima de su nerviosismo.*)... Al decir derecho real venimos a expresar su naturaleza jurídica, y al decir «por cuya virtud se obliga al dueño de una cosa» queremos afirmar que no puede establecerse derecho sobre «res nullius», a no ser que en el momento de su constitución fuera de alguien. Y a no ejercer en ella o a tolerar que se ejerza una actividad,

porque en esto consiste el gravamen: y sólo excepcionalmente en la «*oneris ferendi*» viene obligado con gravamen positivo y de acción pre-fijada, porque la razón es que si se le obliga a hacer, sería la libertad personal el derecho cohibido y no la propiedad, que es en lo que se diferencia de la obligación o derecho personal... (*Se atasca. Mira nervioso el reloj y hace un gesto de impaciencia con la cabeza. Se vuelve a alisar el pelo y torna a su discurso.*)..., o derecho personal..., esto... Bueno... Debe constituirse en forma legal, determinando su objeto y esfera de actuación, pues las servidumbres no se presumen jamás, dado que la situación normal en que las cosas deben suponerse por naturaleza es en las de pleno dominio, que concreta el perfecto señorío del hombre sobre ellas, cuyo objeto es servirla de medio a sus fines... (*Mientras tanto, han sonado golpes en la puerta, que JOSÉ LUIS no ha percibido, metido en su deshilvanado y terrible discurso frente al espejo. Se ha oído una voz que decía: «¿Se puede?», y, en vista del silencio, se ha abierto la puerta y ha aparecido la dueña de la pensión, DOÑA ROSALÍA, con su bata de flores y volantes y sus rizadores de pelo. JOSÉ LUIS sigue sin ver nada, frente al espejo.*), cuyo objeto es servirla de medio a sus fines para expresar las dos clases de servidumbres reales y personales, indicando...

DOÑA ROSA.— (*Desde la puerta.*) Don José Luis... Don José Luis... (*Aparte.*) ¿Se habrá vuelto loco?... (*Se acerca hasta él y le da un golpecito en la espalda. El otro da un gritito ahogado y se vuelve.*) Don José Luis..., ¿no se va usted hoy a desayunar?...

JOSÉ LUIS.— (*Malhumorado.*) No, no, no. Por favor, déjeme..., déjeme... (*Trata de empujarla hacia la puerta.*) Estoy muy ocupado. Actúo pasado mañana, ¿sabe?, pasado mañana...

DOÑA ROSA.— Es que tenemos que arreglar la habitación; ¿usted me comprende?

JOSÉ LUIS.— Luego, luego. Más tarde.

DOÑA ROSA.— Bueno; pero que le vayan haciendo la cama. No le molestan para nada...

JOSÉ LUIS.— No, no... Luego. Dentro de media hora..., sí, media hora. Entonces me iré a tomar café... En cuanto haya dicho todo el tema.

DOÑA ROSA.— ¿El tema?... Bueno, bueno..., allá usted. Pero luego, si se olvida, no venga diciendo que si fue, que si vino. ¿Usted me comprende?

JOSÉ LUIS.— Sí, sí. Media hora, media horita, y la habitación es suya. (*Empuja a la mujer, que se va retirando.*)

DOÑA ROSA.— (*Aparte.*) Parece que están endemoniaos... (*Sale. Vuelve, muy nervioso, JOSÉ LUIS frente al espejo y a alisarse el pelo.*)

JOSÉ LUIS.— Ya no sé por dónde iba... Ya me he perdido otra vez. Maldita sea. ¿Qué estaba diciendo? ¡Ah, ya! Servidumbres, servidumbres.... Bueno. Empezaremos otra vez. Con calma, ¿eh?, con calma, Pepe Luis. A ver, vamos a ver. Servidumbres. Historia. En Roma se definían las servidumbres como el derecho real por cuya virtud se obliga al dueño de una cosa..., al dueño de una cosa..., a no ejercer en ella o a tolerar que se ejerza una actividad prefijada..., una actividad prefijada... (*Sacude la cabeza rabioso.*) Ya, ya me ha puesto nervioso. Ya me ha puesto nervioso esa mujer. No le dejan a uno tranquilo en esta casa. Así no hay quien haga nada útil. No te pongas nervioso, ¿eh? Nada de ponerse nervioso, sobre todo. Voy a tomar una pastilla... (*Va a la mesilla de noche y busca en el cajón. Coge una pastilla de un tubo. La toma y bebe un vaso de agua. Se sienta un momento en la cama y mira pensativo al techo. Se levanta más animado y vuelve al espejo.*) Empiezo de nuevo. Cronometremos. (*Pone el reloj.*) Uno, dos, tres... Servidumbres. Historia. En Roma se definían las servidumbres como aquel derecho real por cuya virtud se obliga al dueño de una cosa a no ejercer en ella o tolerar que se ejerza una actividad prefijada en provecho de cosa ajena o de la persona que es titular del derecho... Ajá... Su naturaleza de derecho real viene determinada por recaer sobre una cosa, y al decir por cuya virtud del dueño de la cosa queremos decir que..., que... (*Se corta repentinamente y se mesa el cabello.*) Dios mío... No me acuerdo de nada. Pero que de nada. Si es que no sé nada. (*Se pasea nervioso y se sienta en la cama como idiotizado. Levantándose decidido.*) Bueno. Ahora va en serio. Todo lo anterior no ha sido nada. Ahora, como si estuvieras delante del Tribunal. Así. Empiezo. En Roma se definían las servidumbres... (*Se abre la puerta sin más preámbulos y aparece un compañero de pensión: PACO RUIZ, licenciado en Medicina, tipo superficial y desvuelto.*)

PACO RUIZ.— Oye, ¿me dejas un duro? Te lo devuelvo a la noche. Es para tomar el trole, tú...

JOSÉ LUIS.— Un duro, un duro... Ahí, en la chaqueta tengo. En el bolsillo de dentro en la cartera... «En Roma se definían las servidumbres...»

PACO RUIZ.— (*Después de rebuscar en la chaqueta que hay colgada de una percha.*) Aquí no hay nada, tú...

JOSÉ LUIS.— ... como el derecho real por cuya virtud se obliga... Sí, hombre, sí, tiene que haber. Espera...; ¿qué hice del dinero que tenía?

PACO RUIZ.— Tú sabrás. Aquí no hay más que el carnet de identidad, papeles...

JOSÉ LUIS.— (*Quitándole la cartera.*) Trae acá. No tienes por qué ver lo que no te importa. No hay duro...

PACO RUIZ.— Pues sí que... Es que no me puedo ir andando, tú. Me queda un cuarto de hora. Y estoy aplanao, chaval. Ayer no pude dormir con la murga de éstos...

JOSÉ LUIS.— ¿Los de la tuna? A mí tampoco me dejaron decir mis temas... Maldita sea...

PACO RUIZ.— Claro, como la Sofí esa está enchulada con el jefe de la tuna de Farmacia, tienen que venirnos a jorobar todas las noches. Hasta que..., hasta que..., ¿sabes qué?..., me la cargue yo...

JOSÉ LUIS.— ¿A la Sofí?

PACO RUIZ.— ¿Por qué no?

JOSÉ LUIS.— ¡Bah! Siempre has sido un idealista...

PACO RUIZ.— Bueno, pues... si no saco un duro, no sé cómo voy a ir al hospital. No voy a ir andando, porque no llego. Ni en «auto-stop». Así es que...

JOSÉ LUIS.— Bueno, Paco, ahora haz el favor de largarte, que yo me examino pasado mañana. ¿Lo sabías?

PACO RUIZ.— ¿Pasao mañana? ¡Ja, ja!... Pues sufre, macho, sufre. Ahí te quedas... (*Sale con un portazo y una carcajada.*)

JOSÉ LUIS.— (*Pasándose otra vez la mano por la cabeza.*) No, si no me dejarán concentrarme en toda la mañana... Dice que se va a cargar a la Sofí. Ése es un desgraciado, nada más. Nada más que eso. ¿Pues no tenía yo dos duros en la cartera? ¿En qué los gasté? Pues, ahora, si quiero ir a tomar un café... Bueno, bueno, bueno..., fuera líos. Las nueve y veinte. ¡Qué horror! Y todavía así, sin hacer nada. En fin: empezaremos otra vez. Tema cuarenta y cinco. Las servidumbres. Historia. En Roma se definían las servidumbres como aquel derecho real por cuya virtud se obliga

al dueño de una cosa a no ejercer en ella o a tolerar que se ejerza una actividad prefijada en provecho de cosa ajena o de la persona titular del derecho. Su naturaleza jurídica de derecho real queda patente al afirmar que se trata de derecho sobre una cosa y el... (*Vuelve a abrirse la puerta, luego de unos golpes leves, y reaparece DOÑA ROSALÍA, seguida de un muchacho mal trajeado que viene con una maleta.*)

DOÑA ROSA.— (*Plantándose delante de JOSÉ LUIS, habla deprisa para ir al meollo del asunto.*) Oiga, don José Luis, me va usted a hacer un favor. Y, además, ayuda usted a un compañero. Aquí, el muchacho, acaba de llegar de Córdoba, y como de momento no tengo cama disponible, ¿usted me comprende?, pues que se acueste ahora aquí hasta que le pueda cambiar. ¿Usted me comprende? Porque el chico parece que viene malo..., ¿verdad?

EL MUCHACHO.— Vengo muy cansado del tren. Toda la noche sin dormir. Además, estoy constipado. Yo creo que tengo fiebre...

JOSÉ LUIS.— Doña Rosalía, Doña Rosalía, ¿no sabe usted que actúo pasado mañana? ¿Que no puedo parar, que necesito estar solo, que...? Mire. (*Señala el montón de papeles de la mesa.*)

DOÑA ROSA.— Pero si es sólo hoy, criatura. Si es para que descance su compañero. Si no le va a molestar, ¿usted me comprende?

EL MUCHACHO.— No te molesto nada. Me tumbaré a dormir un rato y...

JOSÉ LUIS.— Si no te voy a dejar dormir. Si tengo que hablar, y hablar, y hablar, como un papagayo...

DOÑA ROSA.— ¡Bendito sea Dios y su santo nombre!... ¡Qué ganas de no hacer un favor a nadie!...

JOSÉ LUIS.— (*Desolado y señalando los papeles.*) Pero mire, pero mire...

DOÑA ROSA.— Ganas me dan de cogerlos y echarlos a la lumbre... (*Se vuelve, sin más, al MUCHACHO.*) Bueno. Usted échese un rato, que trae muy mala cara. Luego, a ver si, por fin, queda libre el tres... Y que descance... (*Sale expeditiva y quedan los dos frente a frente.*)

EL MUCHACHO.— Perdona la molestia.

JOSÉ LUIS.— Si no es por mí. Es que con el trajín que me traigo no vas a poder pegar ojo...

EL MUCHACHO.— Estoy acostumbrado a dormir en cualquier sitio. En cualquier sitio duermo, menos en el tren. Catorce horas para venir desde Córdoba. ¿Qué te parece? Y me duele la garganta. No estoy bien. Me

tumbo, me tapo la cara y ya puedes cascar con todo eso. No te molestaré mucho. Un par de horas... *(Mientras habla se ha ido quitando la chaqueta y los zapatos y se tumba en la cama hecha y se tapa con la colcha.)*

JOSÉ LUIS.— Bueno... ¿Quieres una taza de nescafé?

EL MUCHACHO.— *(Con voz ronca.)* No, gracias. Me amodorraré un poco. *(JOSÉ LUIS entorna el balcón. Coge la maleta que ha traído el MUCHACHO y la mete debajo de la cama. Se sacude las manos y va al armario, de donde saca un infiernillo y un bote de nescafé.)*

JOSÉ LUIS.— *(Hablando en un susurro.)* A ver si me tranquilizo con una taza de esto. ¿Qué demonios haría yo con los dos duros? No puedo recordar... *(Maniobra en el infiernillo.)* Si no saco la oposición ahora, se acabó: «kaput». Me pongo a cavar... o a lo que sea... Me dedico a eso... No puedo más. Bien lo sabes tú, Dios mío, que no puedo más. Anda, si casi no queda ya nescafé... *(Se dirige al MUCHACHO de la cama.)* ¿Te molesta la luz? ¿Quieres que cierre más? *(El otro no contesta. Se acerca JOSÉ LUIS a la cama.)* ¡Si se ha quedado roque el tío! Sueño tenía el chaval. Lo que es la juventud. ¡Quién pudiera dormir así!... Bueno. *(Echa el polvo negro en la taza y el agua caliente. Mueve melancólico con la cucharilla.)* Vida de paria. Vive uno como los gitanos. Ese chico de Córdoba tampoco parece muy feliz. Como los gitanos vivimos. Maldita sea... «Las servidumbres se definen como aquel derecho real por cuya virtud se obliga al dueño de una cosa a no ejercer o a dejar ejercer sobre ella una actividad prefijada en provecho de cosa ajena o de la persona titular del derecho... *(Mientras habla sobre la taza de nescafé.)* Al decir “por cuya virtud se obliga al dueño de una cosa”, queremos afirmar que no puede establecerse servidumbre sobre “res nullius”, a no ser que en el momento de la constitución fuera de alguien...» *(Se abre la puerta sin previa llamada. Aparece ANA MARI, mujer de unos veintitantos años, licenciada en Filosofía y Letras. Más bien fea y desgarbada y novia de JOSÉ LUIS.)*

ANA MARI.— Vengo a estar aquí un rato mientras arreglan mi cuarto. No te molesto. Sigue, sigue. Me traigo labor. *(Lleva una bolsa de idem.)* ¡Huy, qué ambiente! ¿Por qué no abres un poco?

JOSÉ LUIS.— ¡Chiss!... No hables tan alto, mujer. Hay un enfermo... *(Señala la cama.)*

ANA MARI.— (*Volviéndose.*) Anda... ¿Tienes un compañero?

JOSÉ LUIS.— Uno de Córdoba. Está malo. Debe de tener fiebre...

ANA MARI.— Y Doña Rosalía te lo larga a ti. Claro, como eres tonto...

JOSÉ LUIS.— (*Sigue con su recitado.*) «... fuera de alguien. Y a no ejercer en ella o a tolerar que se ejerza una actividad, porque en esto consiste el gravamen...» (*Mientras el uno recita, la otra habla, estableciéndose un paralelismo de discursos. Sobre el fondo monótono del recitado de JOSÉ LUIS, la voz metálica de ANA MARI.*)

ANA MARI.— ¿Y le ha visto Paco? Claro que ése... ¡Ay! Me pongo más negra los días que no tengo trabajo... Ahora, con eso del mes de María, dicho-so mes de María; cuando toca suprimir una clase, ¿cuál va a ser? La de literatura. Y la profesora, a la porra. Más harta estoy de monjas...

JOSÉ LUIS.— «... en que el dueño omita actos o permita que los pongan, y sólo excepcionalmente, en la institución romana de la “*oneris ferendi*”, ve-nía obligado con carácter positivo de acción prefijada...»

ANA MARI.— Si lo dices así, te quedas otra vez sin plaza, Pepe Luis...

JOSÉ LUIS.— (*Cortándose.*) ¿Así? Pues ¿cómo quieres que lo diga?

ANA MARI.— Con gracia, hijo, con gracia. Lo principal de una oposición, puedes estar seguro, es decir bien las cosas, más que decirlas...

JOSÉ LUIS.— ¡Bah! Déjame tranquilo... «En la institución... de la “*oneris fe-rendi*”...»

ANA MARI.— (*Terca.*) Mira, acuérdate de Santana. ¿Qué sabía Santana? Nada. Pero decía las cosas...

JOSÉ LUIS.— Sí..., Santana, Santana. Con un tío director general del Timbre...

ANA MARI.— Y gracia para decir las cosas, Pepe Luis, que es lo principal...

JOSÉ LUIS.— Ya me has puesto nervioso. Ya no doy pie con bola...

ANA MARI.— Tú necesitas muy poca cosa para ponerte nervioso. ¡Vaya unos hombres que sois todos! Luego dicen que nosotras...

JOSÉ LUIS.— ¿Por qué no haces tú también oposiciones?

ANA MARI.— Eso. Y a mantenerte a ti, ¿verdad, rico? Amos, anda... Si tuvie-ras que estar como yo, dando clases a cuarenta duros al mes, verías también cosa buena...

JOSÉ LUIS.— Bueno, basta, ¿eh?, basta. ¿Te vas a estar callada?

ANA MARI.— Sí, hombre, sí. ¿Tienes alguna camisa para planchar? (*Revuelve en el armario.*)

JOSÉ LUIS.— «Servidumbres: generalidades. Se definen las servidumbres como el derecho real por cuya virtud el dueño de una cosa...»

ANA MARI.— (*Siempre hablando sobre el recitado.*) Mira que te tengo dicho que no guardes las camisas sin planchar...; pues como si nada. Que no quiero que te planche las camisas Doña Rosalía, que las deforma, que esa mujer no sabe hacer nada. ¡Huy, qué ganas tengo de casarme de una vez y salir de esta «promiscuidá»! (*Transición.*) Anda, anda, ánimo, hombre, ánimo, que esta vez estoy segura que las sacas...

JOSÉ LUIS.— Dios te oiga, mujer...

ANA MARI.— Mira que yo, aunque no creo en nada, se lo pido a Dios todos los días... Y tiene que escucharme...

JOSÉ LUIS.— Ojalá, mujer... Yo voy a comulgar mañana...

ANA MARI.— Y yo haría lo mismo, si no fuera por eso de confesarme. Eso de la confesión no lo trago, te lo aseguro...

JOSÉ LUIS.— (*Emocionado.*) Es que si las saco, si las saco, Ana Mari, ¿sabes lo que significa? Cincuenta mil duros al año...

ANA MARI.— (*Entusiasmada.*) ¿Cincuenta mil? ¿Tanto?...

JOSÉ LUIS.— Ya lo creo... Bueno, al principio, no. Las notarías de entrada son una birria...; pero a los seis o siete meses...

ANA MARI.— ¡Qué maravilla!

JOSÉ LUIS.— Menudo salto...

ANA MARI.— Y dejar a la Doña Rosalía y a las monjas y poder dormir tranquila, sin que le den a una la tabarra los de la tuna.

JOSÉ LUIS.— ¿También te despertaron a ti anoche?

ANA MARI.— También, hijo, también. Pero ¿qué verán en la chica esa? ¿Sabes lo que dicen de ella? (*Bajando la voz.*) Pues que va a dar a luz...

JOSÉ LUIS.— Estás loca...

ANA MARI.— Hijo, yo, como lo dicen lo cuento...

JOSÉ LUIS.— Patrañas...

ANA MARI.— Yo ni quito ni pongo... Ahora que, respecto a la belleza de la prójima, no sé dónde la verán. (*Observando el interés de JOSÉ LUIS.*) Anda, a ver si tú también vas a ser otro admirador...

JOSÉ LUIS.— (*Reaccionando.*) Yo sólo tengo admiración al «civil» y al «mercantil». (*Se dispone otra vez a su recitado.*)

ANA MARI.— Los hombres es que ahora parecéis ciegos. Tenéis un hambre tal, que con un mendrugo os basta...

JOSÉ LUIS.— Bueno, basta, basta. ¿Me dejas estudiar?

ANA MARI.— Pero ¿es que te molesto? Si yo me estoy aquí sin abrir la boca, ya te digo. Y en cuanto tenga lista mi habitación, me largo... Anda, anda, estudia. Mira que si las sacarás, qué borrachera...

JOSÉ LUIS.— Agarraremos una buena, ya verás. *(La besa en el pelo y se retira en seguida a recitar su tema. Sólo se ve el movimiento de sus labios, como si rezara.)*

ANA MARI.— ¡Qué telegrama iba a poner a los míos! Telegrama bomba. ¿Llevaba o no llevaba razón? Anda, y que no me iba a reír... Me iba a reír de todos y de todas. En un mes no me conocía nadie... Pero vete a saber...; esos tíos son unos bestias... Y así, sin nada por delante... Casi estoy por ir a comulgar contigo mañana... Pero no sé... Un sueño me iba a parecer, un sueño, salir de tanta miseria. Porque hay que ver lo que llevamos sufriendo. Diez años dando tumbos por ahí. Con treinta años encima y sin vender escoba, como aquel que dice. Sin saber lo que es el mundo. Me río yo de las monjas de clausura... Y otros, Santana, por ejemplo, al año de terminar la carrera, ¡pum!, notarios. Es suerte, nada más que suerte, y a nosotros nos ha tocado la negra... *(Pausa. JOSÉ LUIS se pasea, recitando y angustiado.)* ¿Y si no las sacas? Mira que si no las sacas... La alegría que se llevarán más de cuatro. Pero lo que es yo, no aguanto más. Te digo que la paciencia tiene un límite... Me pongo a hacer la carrera..., no la de Filosofía, claro, que ya la tengo y maldito para lo que sirve..., sino la otra... *(Reaccionando.)* Qué cosas dice una... Pero es que son muchos años. Y todo sigue lo mismo... Y trazas lleva de seguir todo igual hasta sabe Dios cuando...

JOSÉ LUIS.— *(Plantándose, fiero, delante de ella.)* Pero ¿es que no vas a callar?

ANA MARI.— ¿Te molesto?

JOSÉ LUIS.— ¿Todavía lo preguntas?

ANA MARI.— Bueno, hijo; me callaré... *(Pausa. ANA MARI hace labor y JOSÉ LUIS va haciendo inteligible su discurso interno.)*

JOSÉ LUIS.— «... el Código civil define las servidumbres como el gravamen impuesto sobre un predio a beneficio de otro predio...»

ANA MARI.— *(Sin poderse contener.)* ¡Qué feo es todo eso, hijo! No sé cómo podéis pasaros los mejores años de vuestra vida con ese asco...

JOSÉ LUIS.— *(Dejándose caer como mareado en la silla.)* No puedo más.

ANA MARI.— (*Acude solícita.*) ¿Qué te pasa? ¿Te mareas?

JOSÉ LUIS.— No es nada. Los nervios.

ANA MARI.— (*Tierna.*) Yo me voy en seguida. Descansa un poco. No puedes vivir así... Esta tarde iremos a dar un paseo...

JOSÉ LUIS.— No sé si podrá ser... Tengo que pasar seis temas...

ANA MARI.— Un paseo te despejará. Y hace muy buen tiempo... Un paseo por Rosales.

JOSÉ LUIS.— Sí que me vendría bien...

ANA MARI.— Vas a caer malo, como ese chico...

JOSÉ LUIS.— Mira que si cayera malo ahora...

ANA MARI.— No lo querrá Dios...

JOSÉ LUIS.— No puedo más...

ANA MARI.— (*Levantándose bruscamente.*) Te voy a hacer una taza de nescafé. En mi habitación tengo.

JOSÉ LUIS.— No; ya he tomado.

ANA MARI.— Pues una pastilla de ésas...

JOSÉ LUIS.— No; si lo que yo necesito es..., es... sacar la oposición...

ANA MARI.— Dentro de un mes «somos» notarios. Ya lo verás.

JOSÉ LUIS.— ¿Un mes? Si sólo el primer ejercicio dura seis meses entre unas cosas y otras. Y luego, los otros ejercicios. Y luego...

ANA MARI.— Bueno; pues dentro de un año...

JOSÉ LUIS.— Pon año y medio en el mejor de los casos...

ANA MARI.— Año y medio..., año y medio, Dios bendito... Esto es como una pesadilla...

JOSÉ LUIS.— Pero ¿qué quieres que hagamos?

ANA MARI.— Ojalá viniera un vendaval y nos llevara a todos de una vez.

JOSÉ LUIS.— No te pongas nerviosa, no te pongas nerviosa, porque si te pones nerviosa...

ANA MARI.— No, hijo, no. (*Le acaricia la cabeza.*) No te preocupes, que yo tengo la cabeza bien puesta sobre los hombros. Tú lo que necesitas es descansar...

JOSÉ LUIS.— No puedo...

ANA MARI.— ¿Por qué no te acuestas un poco? ¿Dormiste anoche?

JOSÉ LUIS.— Hace un mes que sólo duermo dos horas.

ANA MARI.— Así no puede ser.

JOSÉ LUIS.— Voy muy retrasado, Ana Mari.

ANA MARI.— Pero si te agotas...

JOSÉ LUIS.— (*Se levanta de nuevo.*) No. No puedo. Voy a seguir.

ANA MARI.— ¿Cenaste anoche?

JOSÉ LUIS.— Ahí enfrente tomé un bocadillo. Ahora caigo... Los dos duros.

ANA MARI.— ¿Por qué no fuiste a la Universitaria?

JOSÉ LUIS.— Cae lejos. No puedo perder tiempo.

ANA MARI.— ¿Ves? Eso es lo que te mata. Pues hoy vienes conmigo a comer al S.E.U. (*José Luis niega con la cabeza.*) ¡Ni hablar! Hoy vienes conmigo a comer. Pero ¿no ves que sin comer, sin dormir, es imposible, no ya aprobar una oposición de ésas, sino vivir? «Primum vivere.» Claro, claro...

JOSÉ LUIS.— (*Desaciéndose.*) Déjame, déjame...

ANA MARI.— Que descanses un poco, hombre. No puedes seguir así. Pasado mañana te caes redondo frente al Tribunal, te lo digo yo. Mira, vámonos ahora a tomar un café...

JOSÉ LUIS.— ¡Que no, mujer!...

ANA MARI.— ¡Huy! ¡Qué cabezota es este hombre!...

JOSÉ LUIS.— Tengo que sacarlas, que sacarlas como sea...

ANA MARI.— Y las sacarás, hombre. Hoy he soñado con un gato negro, y eso da suerte. Estoy segura de que las sacas. La envidia que me van a tener algunas del pueblo. Sobre todo, la del secretario.

JOSÉ LUIS.— Bueno; pero si no estudio...

ANA MARI.— Y mañana, lo que tenías que hacer ¿sabes qué es? Estarte todo el día en la cama.

JOSÉ LUIS.— ¿Estás loca?

ANA MARI.— ¿Loca?

JOSÉ LUIS.— Loca de remate. Todavía tengo que dar una vuelta al Civil y dos al Mercantil.

ANA MARI.— Lo principal es tener calma. Es la base. Acuérdate de Pepe Santana...

JOSÉ LUIS.— No me acuerdo de nada.

ANA MARI.— Pues tienes que acordarte. (*Llaman a la puerta y asoma DOÑA ROSALÍA.*)

DOÑA ROSA.— Don José Luis, preguntan por usted.

JOSÉ LUIS.— (*Asustado, mira a ANA MARI.*) ¿Quién será?

DOÑA ROSA.— (*Sin entrar.*) Bueno, ¡qué!

JOSÉ LUIS.— Que pase... (*A ANA MARI.*) ¿Quién será? A ver si va a ser...

ANA MARI.— (*Asustada.*) No creo. ¡Qué pesimista estás hoy! Te has puesto pálido.

VOZ.— (*Fuera.*) Soy yo, Pepe Luis; soy yo... (*Se abre la puerta ante un hombre de unos veintitantos años, despeinado a la europea y con aire de paleta amundanado.*)

ANA MARI y JOSÉ LUIS.— ¿Tú?

SANTANA.— Sí, soy yo. No me esperábais, ¿eh? Estoy de paso por los Madriles y no me quería ir sin verte, Pepe Luis.

ANA MARI.— Ahora mismo, pero lo que se dice ahora mismo, estábamos hablando de ti, Santana.

SANTANA.— (*Sentándose.*) Bueno. ¿Y qué? ¿Cómo os va?

JOSÉ LUIS.— Ya lo ves. (*Señala el montón de papeles.*)

SANTANA.— Ya veo, ya. ¿Y qué, animado?

ANA MARI.— Le toca pasado mañana. Está deshecho.

SANTANA.— Bueno; pues no te molestaré, chaval. Tampoco quería irme sin verte. Me marcho en seguida. Quería decirte que conozco a dos tíos del Tribunal.

ANA MARI.— ¿Sí?

SANTANA.— (*Con cierto énfasis.*) Sí... Dos compañeros...

JOSÉ LUIS.— Pues vaya sorpresa...

SANTANA.— (*Siempre en su papel de notario.*) A ver si podemos hacer algo... Tienes que ser notario como yo... Empezamos juntos a preparar la oposición.

ANA MARI.— Tú tuviste suerte, Santana... Eso mismo estábamos diciendo hace un momento...

SANTANA.— ¡Psch!... De todo hubo.

ANA MARI.— (*Agresiva.*) Sobre todo, suerte.

JOSÉ LUIS.— Oye. Y dime: ¿y te ha compensado?

SANTANA.— (*Con orgullo.*) ¿Que si me ha compensado? No podéis imaginarlo. Tengo un seiscientos. Ahora estoy en la notaría de Ecija. Cincuenta mil duros largos. Como lo oís. Ahora vengo de la Costa Azul.

ANA MARI.— ¿Te has casado ya?

SANTANA.— Todavía es pronto. ¿Sabéis que soy uno de los notarios más jóvenes de España? Mentira me parece que hace sólo unos años estuviera así... (*Señala los papeles.*)

JOSÉ LUIS.— (*Acusando el golpe con resignación.*) Pues ya lo ves...

ANA MARI.— (*Hosca.*) Dichosa suerte la tuya. (*Pausa violenta.* SANTANA *mira con altivez todo.*)

SANTANA.— (*Con afectación.*) Pero tú las sacas esta vez. Ya verás...

JOSÉ LUIS.— Quiera Dios.

ANA MARI.— Debe ser emocionante eso de verse notario, ¿verdad?

SANTANA.— No te lo puedes imaginar.

ANA MARI.— Díselo a éste. ¡Anda más mustio!

JOSÉ LUIS.— (*Protestando.*) Di que no. Estoy potente. Poniendo «delantalitos» nada más...

SANTANA.— Los «delantalitos» son lo que más hace, tú. Impresionan al tribunal.

JOSÉ LUIS.— Tengo aquí apuntados muchos. Oye, ¿tú tienes alguno?

SANTANA.— ¿Yo...? Lo tiré todo, lo quemé todo, lo olvidé todo en cuanto saqué la bicoca. A ver... Ahora ni leo el periódico siquiera. Me estoy embruteciendo a base de bien. Me lo merezco, ¿no?

ANA MARI.— (*Entusiasmada.*) ¡Hombre!, claro...

SANTANA.— Eso harás tú en cuanto las saques. Verás. Te entrará un asco de todo esto... (*Coge un papel y lee.*) «La enfiteusis...» ¡Puaf! (*Lo tira con gesto de desagrado.*)

JOSÉ LUIS.— (*Disponiéndose a recitar.*) La enfiteusis...

SANTANA.— ¡Eh, tú; no sueltes ahora el rollo! Tranquilo, muchacho; tranquilo.

ANA MARI.— A éste no hay quien le tranquilice. ¡Ay, si tuviera tu calma!... Que fuiste a la oposición como el Bomba...

SANTANA.— ¿Te acuerdas?

ANA MARI.— Claro que me acuerdo. Y de que estuvimos de panda toda la noche antes, y moña que la cogimos... Dile eso a éste... ¡Más «acobardao» está!...

SANTANA.— ¿De verdad? ¡No digas, chaval! Tranquilo; tú, tranquilo, y la plaza es tuya. A embrutecerte, a no pensar. A amontonar dinerito...

ANA MARI.— ¡Qué felicidad!

SANTANA.— (*A ANA MARI.*) Y tú, ¿qué? ¿Con tus clases?

ANA MARI.— Con mis clases y mis monjas. Aburrida.

SANTANA.— Te advierto que... a veces me acuerdo de esta vida y pienso que no estaba mal del todo. Si no hubiera sido por los apuntes, los temas...

JOSÉ LUIS.— (*Muy molesto.*) Bueno. Me vas a perdonar. Voy a seguir dándole a esto. Voy atrasado, ¿sabes?

SANTANA.— Te dejo. Sólo venía para eso. Para saludarte y para invitaros a cenar conmigo esta noche.

JOSÉ LUIS.— No puedo.

ANA MARI.— (*Violenta.*) Sí puede. Di que sí puede. Sí; te acompañaremos a cenar.

SANTANA.— ¡Estupendo! Luego iremos a un cine. Te conviene tranquilizarte.

JOSÉ LUIS.— Si no puedo...

ANA MARI.— (*Violenta.*) Sí que puede. Di que sí puede.

JOSÉ LUIS.— Bueno; ya veremos. Ahora me voy al pasillo a recitar.

SANTANA.— No; soy yo el que se va.

JOSÉ LUIS.— No; no te vayas si no quieres. Yo me salgo al pasillo...

SANTANA.— Es que tengo prisa. Tengo que pasar por el Colegio para un asunto de protocolo... No sé de qué se trata porque yo no me ocupo de la notaría, claro está.

JOSÉ LUIS.— ¿No te ocupas?

SANTANA.— Pues claro que no. Tengo un esclavo que lo hace todo. Yo, ya te digo: a embrutecerme. ¡Lo paso más bien!... Bueno, Pepe Luis, ¡ánimo! Adiós, Ana Mari.

JOSÉ LUIS.— Te acompañamos.

ANA MARI.— (*En el momento de salir.*) A Pepe Luis le conviene distraerse. Esta noche cenamos juntos, sí.

SANTANA.— (*Al pasar delante del chico, que duerme.*) Y este gandul, ¿quién es? Eso sí que es vida, tú. (*A JOSÉ LUIS.*) Ya verás. Otra cosa que harás en cuanto te veas libre de eso es dormir como un arzobispo... (*Salen. La habitación, sola. El muchacho se agita en el lecho y suspira. De pronto se oye su voz, que delira levemente. Dice: «Ecuación general de la proyectividad... Ecuación general de la proyectividad...». Vuelve a suspirar. Vuelven a entrar JOSÉ LUIS y ANA MARI. JOSÉ LUIS está indignado.*)

JOSÉ LUIS.— (*Dando un portazo.*) El canalla, el bandido... viene a complacerse. Nada más que a complacerse, a ensañarse con mi desgracia. Pues no pienso ir, ¿sabes? No pienso ir. No me da la gana. No quiero ni verle. Ni quiero estudiar más. Al cuerno la oposición... (*Da un gran manotazo a los papeles que hay sobre la mesa, que salen por el aire.*) No quiero, no me da la gana.

ANA MARI.— (*Apoyada sobre la puerta y muy tranquila.*) Claro, claro. Si te pones así sólo por una visita impertinente, ¿qué tiene de particular que pasado mañana te mueras del susto delante de los cochinos del tribunal? ¿Eh? ¿Qué tiene de importancia? ¡Imbécil, apocado! ¡Que eres un imbécil y un apocado!

JOSÉ LUIS.— (*Fuera de sí.*) Tú te vas a tu habitación. ¡Lárgate y déjame tranquilo si no quieres que me tire por el balcón! Déjame solo; déjame tranquilo; déjame que me pudra...

ANA MARI.— Sí, hombre, sí. Ya me voy... Pero todo eso se lo podías haber dicho a él y no quedarte callado como te has quedado. Tonto; que eres tonto. En cambio, yo le he dicho cuatro frescas.

JOSÉ LUIS.— (*Cada vez más nervioso.*) Sí, tú también quieres que me suspendan... ¿Crees que no lo sé? Lo estás deseando en el fondo.

ANA MARI.— ¿Será mala bestia?

JOSÉ LUIS.— Todos, todos estáis contra mí. Tú, y el otro, y el otro. Y la sociedad entera. La sociedad entera está contra nosotros. Contra los que vivimos de la ilusión de trabajar y de ser honrados...

ANA MARI.— ¿Por qué no vas a darte una ducha?

JOSÉ LUIS.— Vete, vete de una vez.

ANA MARI.— Oye, haz el favor de tranquilizarte. A ver si vas a hacer una barbaridad...

JOSÉ LUIS.— Si no fuera tan cobarde...

ANA MARI.— Un crío es lo que eres. Nada más que un crío... Cobardes lo somos todos.

JOSÉ LUIS.— (*Cae rendido sobre una silla.*) Es que no puedo más...

ANA MARI.— Me voy, José Luis. Si me necesitas, vendré enseguida. Comprendo tu arrebato. Es natural. La mansedumbre tiene un límite. Si yo te contara... Pero, por lo que más quieras, tranquilízate. Estudia. Descansa un poco también. Promete que te vas a tranquilizar y a olvidar de ese impertinente.

JOSÉ LUIS.— Estoy harto...

ANA MARI.— Me voy si me prometes que vas a quedarte tranquilo...

JOSÉ LUIS.— Te lo prometo.

ANA MARI.— Vendrás conmigo a comer, ¿eh? Y si pierdes otra vez, ¡qué importa! Hay que vivir. Seguiremos trabajando y sufriendo como la mayoría de los españoles.

JOSÉ LUIS.— Es lo justo.

ANA MARI.— Eso es lo único que podemos hacer ante esta barbarie: ser sumisos y obedientes...

JOSÉ LUIS.— ¡Cobardes!...

ANA MARI.— Déjate de torturar.

JOSÉ LUIS.— *(Ya tranquilizado.)* Bueno. ¿Te vas?

ANA MARI.— Sí. *(Muy seria, coge la camisa y la labor y se dispone a salir, después de darle un beso. Al pasar delante de la cama donde duerme el muchacho de Córdoba se detiene un momento.)* ¡Huy, cómo suda este chico!...

JOSÉ LUIS.— Eso le conviene...

ANA MARI.— Este chico tiene fiebre..., mucha fiebre, José Luis.

JOSÉ LUIS.— Dijo que estaba acatarrado.

ANA MARI.— *(Inclinada sobre él.)* Respira mal..., se queja... Me parece que delira. Ven.. Oye... Escucha...

JOSÉ LUIS.— *(Se acerca, curioso.)* Pues sólo faltaba esto...

ANA MARI.— ¿Qué dice?

JOSÉ LUIS.— Dice algo así como «ecuación general de la proyectividad...».

ANA MARI.— ¡Pobre chico! ¡Y qué joven es! Diecinueve años, todo lo más...

JOSÉ LUIS.— Bueno; yo voy a...

ANA MARI.— José Luis, este chico está muy malo...

JOSÉ LUIS.— Bueno. ¿Y qué quieres que haga yo? Ya te lo dije. Bastante he hecho con dejarle acostarse ahí, ¿no?

ANA MARI.— ¿Hay aspirinas por aquí?

JOSÉ LUIS.— No. Aquí sólo tengo simpatina, profamina y...

ANA MARI.— Y no hay ningún médico ahora. Paco se marchó y no volverá hasta la noche. Quizá doña Rosalía tenga un par de aspirinas... *(Sale de la habitación y se oye su voz llamando a la dueña de la pensión. JOSÉ LUIS observa con extrañeza y curiosidad al enfermo. Entra ANA MARI con SOFI, una chica aparatosa que viene vestida muy elegante para la calle.)*

SOFI.— *(A JOSÉ LUIS.)* ¡Hola! doña Rosalía ha salido, pero yo tengo aquí aspirina. Siempre llevo... *(Abre el bolso.)*

ANA MARI.— Mira lo que vale ser previsoras...

SOFI.— ¡A ver!... Antes me olvido del dinero o de las llaves que de la aspirina. Si tuvieras que aguantar tanta tabarra como yo, verías... Toma; te dejo medio tubo. ¿Es éste el enfermo?

ANA MARI.— Sí.

SOFI.— Está un poco «rebatao». Aunque aquí, con todo «cerra», hace un calor que...

ANA MARI.— Es que José Luis está en capilla, ¿sabes?, y no quiere abrir el balcón porque no puede soportar los ruidos de la calle.

SOFI.— ¿Cuándo te examinas?

JOSÉ LUIS.— Pasado mañana.

SOFI.— Pues que tengas suerte, majo...

JOSÉ LUIS.— Gracias.

SOFI.— Y ahora estudia... Al chico darle una aspirina. No será nada. Estoy segura de que no será nada. Me voy...

ANA MARI.— (*Insidiosa.*) Anoche nos despertaron también los de la tuna... ¡Qué éxito tienes, chica!...

SOFI.— ¡Menuda tabarra, mujer!... Adiós, José Luis..., y adiós, muchacho. ¡Pobrecillo! (*A ANA MARI.*) Es guapito, ¿verdad?

ANA MARI.— (*Al tiempo de salir.*) José Luis, no te olvides de dar una aspirina al chico. (*A SOFI.*) Te acompaño hasta la calle. (*Salen las dos mujeres. JOSÉ LUIS coge el tubo de aspirinas y permanece ensimismado. Toma un vaso, echa un poco de agua de la jarra y disuelve lentamente la pastilla al tiempo que vuelve a su recitado.*)

JOSÉ LUIS.— Defínense las servidumbres como el derecho real por cuya virtud el dueño de una cosa se obliga a no ejercer en ella o a tolerar que se ejerza una actividad prefijada... (*Disuelta la pastilla, se bebe lentamente el contenido del vaso, que deja sobre la mesita de noche, y sigue su trágico monólogo, ajeno al enfermo y al mundo entero.*) ... en provecho de cosa ajena o de la persona titular del derecho. Al decir derecho real venimos a expresar su naturaleza jurídica.

(*El telón ha descendido lentamente.*)

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. El mismo día por la noche. La escena en semi-penumbra. JOSÉ LUIS se ha quedado dormido sobre la mesa. Por el balcón entra el reflejo de la calle y se oye el ruido del tráfico. En la cama, el MUCHACHO de Córdoba se debate entre la fiebre y el delirio.

EL MUCHACHO.— A C partido por B C es B C partido por B X, lo que es igual a O C menos O A partido por O X menos O A y O C menos O B partido por O X menos O B, lo que es igual a X sub tres menos X sub uno partido por X menos X sub prima y X prima menos... *(Saca el brazo fuera de las sábanas y pinta en un encerado imaginario.)* La curva X y la Y prima menos tres, prima, menos Q menos Y, menos uno. No, no..., borro otra vez. Ecuación general de la proyectividad... La proyectividad es... *(Se ha abierto la puerta y ha entrado ANA MARI, que viene vestida de calle, enciende la luz y se dirige a JOSÉ LUIS, que se despierta asustado.)*

ANA MARI.— José Luis, José Luis..., criatura...

JOSÉ LUIS.— *(Muy asustado.)* Me había quedado dormido...

ANA MARI.— Pero ¿por qué no te acuestas un ratito?

JOSÉ LUIS.— *(Se pone en pie de un salto.)* ¿Por qué me habré quedado dormido? *(Busca afanoso entre los papeles.)* Si me queda todavía mucho..., mucho...

ANA MARI.— *(Le quita los papeles.)* Se terminó por hoy.

JOSÉ LUIS.— ¿Estás loca?

ANA MARI.— Arréglate. Va a venir Santana y estamos invitados a cenar con él.

JOSÉ LUIS.— Ni hablar. Pero que ni pensarlo.

ANA MARI.— Eso te despejará. Y te vendrá bien...

JOSÉ LUIS.— Me llevaré las chuletas y repararé.

ANA MARI.— Como quieras. Pero vienes con nosotros. No faltaba más. Dios mío, qué atmósfera hay aquí dentro... (*Se dirige a abrir el balcón y percibe el discurso del enfermo.*)

EL MUCHACHO.— X prima sub uno, menos X prima sub tres, partido por X menos...

ANA MARI.— (*Después de abrir el balcón.*) Uy, se me había olvidado. El pobre muchacho... (*Va hacia la cama.*) Está delirando, José Luis, está delirando. Me parece que tiene más fiebre. Este chico está muy malo. ¿Dónde está la aspirina? ¿Le diste la aspirina?

JOSÉ LUIS.— ¿Qué aspirina?

ANA MARI.— José Luis, José Luis, no me pongas nerviosa. La aspirina que nos dio Sofí, ¿dónde la has puesto?

JOSÉ LUIS.— ¿A mí qué me cuentas? Déjame tranquilo... (*Bisbisea un tema entre labios.* ANA MARI busca, nerviosa, hasta hallar el tubo entre los papeles.)

ANA MARI.— Pero si está el tubo vacío. ¿Es que le has dado todas las aspirinas? (*Gesto de indiferencia de JOSÉ LUIS. Ella, furiosa.*) Dime: ¿le has dado todas las aspirinas o qué? Despierta de una vez. Date cuenta de que estás vivo, de que estoy hablándote, de que hay un compañero enfermo. Date cuenta. Sal de tus estúpidos apuntes de una vez...

JOSÉ LUIS.— (*Rechazándola.*) No sé, no sé...; déjame en paz. Tengo que sacar la oposición, ¿comprendes? Tengo que sacarla y me tiene todo sin cuidado: el enfermo, tú y el mundo entero. Y la vida. Todo me tiene sin cuidado. Sólo quiero sacar la plaza.

ANA MARI.— (*Pasándose la mano por la frente.*) Uy, qué pesadilla... (JOSÉ LUIS se dirige hacia la puerta.) ¿Dónde vas?

JOSÉ LUIS.— Al infierno. Donde me dejes tranquilo.

ANA MARI.— (*Cogiéndole por un brazo e intentando mostrarse dulce.*) Ven aquí. Tranquilízate. Tú tampoco te encuentras bien. Tienes mal color y...

JOSÉ LUIS.— Déjalo. A ver si me muerdo de una vez.

ANA MARI.— Eres capaz de haberte tomado todas las aspirinas.

JOSÉ LUIS.— Quizá.

ANA MARI.— Estás loco.

JOSÉ LUIS.— Me tienes harto.

ANA MARI.— Más harta me tienes tú a mí.

JOSÉ LUIS.— Me gustaría perderte de vista.

ANA MARI.— (*Lloriqueando.*) No me extraña, porque eres un egoísta. Un gran egoísta, como todos. Si ya lo sé. Lo sé muy bien. No creas que me hago ilusiones. Serás capaz de plantarme en cuanto saques esa asquerosa notaría. Como el asqueroso de Pepe Santana hizo con la Mary Carerras... Si es que soy tonta. Tonta de preocuparme por ti. De desvivirme y dejar lo mío..., para luego recibir insultos... Grosero, más que grosero... (*Gimotea, llorosa.*)

JOSÉ LUIS.— (*Fuera de sí.*) Ah, ¿además, eso? ¿Vas a llorar ahora? Fuera, fuera de aquí. Vete. Déjame trabajar tranquilo. A la calle. (*La empuja hacia la puerta.*)

ANA MARI.— (*Al verse empujada se vuelve y le da un bofetón.*) Cochino, que eres un cochino...

JOSÉ LUIS.— (*Le da un gran empujón, la echa fuera y cierra la puerta. Se apoya sobre ésta y se toca la mejilla.*) Es una zorra..., como todas... (*Vuelve la vista hacia la cama, donde el MUCHACHO se debate entre la fiebre y su absoluto monólogo, y se dirige hacia él.*) Y tú, ¿quieres callar también? ¿Quieres dejarme tranquilo? (*Coge la almohada de su cama y la coloca sobre la cabeza del enfermo y aprieta levemente. El cuerpo se rebela levemente, y JOSÉ LUIS, asustado, retira la almohada y retrocede. El delirio del MUCHACHO parece apaciguado. JOSÉ LUIS va hacia el balcón y mira al cielo.*) Dios mío, no sé lo que estoy haciendo... (*Se apoya en el balcón otra vez, ensimismado. Se oyen golpes en la puerta. JOSÉ LUIS se vuelve, rabioso, y abre de un tirón, pero al ver a SOFI sonríe, satisfecho. Ésta viene vestida con traje de calle, muy elegante, casi aparatosa.*)

SOFI.— Perdona que te moleste, José Luis... Vengo a ver al enfermo. (*Lo ha dicho con mucha dulzura, al tiempo que se acerca a la cama del enfermo. JOSÉ LUIS ha perdido todo su arrebató y es pura miel.*) Oye, José Luis..., (*Tiene la mano puesta sobre la frente del calenturiento.*) ¿diste las aspirinas que te dejé al muchacho?

JOSÉ LUIS.— ¿Qué aspirinas?

SOFI.— (*Muy dulce y habilidosa.*) Bueno; es igual. Tengo más aquí. (*Abre el bolso con mucha coquetería.*) Es que si toma muchas aspirinas es muy

malo. Lo sabías, ¿no? Yo sólo tengo dos cursos de farmacia y, aunque no me acuerdo de nada, ¿sabes?, sé que las aspirinas en cantidad no es bueno...; es veneno...; como es veneno muchas de esas pastillas que os tomáis. (*Mientras habla va disolviendo la pastilla en el vaso. Todo ello con tanta femineidad maternal que emboba a JOSÉ LUIS.*) Lo que pasa es que con eso de las oposiciones os emborracháis y os enviciáis. Una borrachera como otra cualquiera. Al final, si os descuidáis, os convertís en unos inútiles. Más de uno conozco yo que anda dando tumbos por la calle, y no por el alcohol, sino a base de ese derecho civil y mercantil... (*Habla ahora con el enfermo.*) Hala, majo, bebe, bebe esto... Así, muy bien... Qué buen chico... Ahora te voy a poner el termómetro... (*Se vuelve a JOSÉ LUIS.*) ¿Cómo se llama? ¿Qué estudia?

JOSÉ LUIS.— ¿Quién?

SOFI.— El chico.

JOSÉ LUIS.— ¿Qué chico?

SOFI.— ¿Qué chico va a ser? Éste...

JOSÉ LUIS.— Ah, no lo sé.

SOFI.— ¿No sabes siquiera cómo se llama?

JOSÉ LUIS.— Tampoco. Doña Rosalía le metió aquí esta mañana. Dijo que esta noche le cambiaría de habitación. Pero... ella sabrá. Yo lo único que sé es que viene de Córdoba...

SOFI.— Debe estudiar algo de matemáticas...

JOSÉ LUIS.— Debe preparar un ingreso de éstos a alguna escuela de ingenieros.

SOFI.— Pobre chico...

JOSÉ LUIS.— (*Intentando ser tierno.*) Sí, es verdad... Da pena... Tan jovencito, ¿verdad? Pero ya, ya llegará a estar bregao como nosotros... «Placeao», como los toreros de cartel...

SOFI.— (*Riéndose.*) Ojalá... Eso será buena señal...

JOSÉ LUIS.— ¿Buena señal? Bah... Te advierto que si se muriera haría su suerte...

SOFI.— Estás loco, muchacho.

JOSÉ LUIS.— Sí, sí, loco... Tú no sabes nada de esto. De la lucha esta. Ni tú, ni nadie. Hay que vivirlo.

SOFI.— Oye, que yo también empecé a estudiar farmacia.

JOSÉ LUIS.— Pero tuviste la suerte..., y la inteligencia, de abandonarlo.

SOFI.— Cualquiera sabe...

JOSÉ LUIS.— (*Se acerca, excitado.*) Hiciste muy bien. Porque con ese aire tuyo y esos ojazos no ibas a meterte en un laboratorio a hacer pastillas.

SOFI.— Gracias, saladísimo...

JOSÉ LUIS.— (*Satisfecho del éxito.*) Y eso que, mirándolo bien, da lo mismo que estés en un laboratorio que en una sala de fiestas. Porque donde tú estés, está la..., la...

SOFI.— (*Cortándole.*) Pero ¿qué te ha dao, José Luis?

JOSÉ LUIS.— Las aspirinas.

SOFI.— ¿Qué?

JOSÉ LUIS.— Que te digo que serán las aspirinas que me he tomoa...

SOFI.— Te volverás chalupa con esos papeles...

JOSÉ LUIS.— (*Intenta abrazarla.*) Yo lo que necesito, ¿sabes qué es? Necesito fe..., fe..., y tú eres la única que puedes darme eso...

SOFI.— (*Desasiéndose.*) No me tomes por Santa Rita...

JOSÉ LUIS.— (*Excitadísimo.*) Que sí, que sí, que estoy acostumbrao a que todo se hunda. A fracasar en todo. Porque no he tenido a nadie que crea en mí...

SOFI.— ¿Y Ana Mari?

JOSÉ LUIS.— Es una egoísta. No me quiere a mí. Quiere al notario. Además, es una birra.

SOFI.— ¿Y si fueras a darte una ducha?

JOSÉ LUIS.— Ducha la que me estás tú dando. Que sólo con verte ya se me ha olvidao todo...

SOFI.— Si por lo menos te doy paz...

JOSÉ LUIS.— ¿Paz? Para «in eternum»... Si tú quisieras...

SOFI.— ¿Qué?

JOSÉ LUIS.— Que sacaba la notaría.

SOFI.— ¿De verás?

JOSÉ LUIS.— Y un registro, y una abogacía del Estado, y...

SOFI.— (*Rompiendo a reír.*) Madre, cómo te ha dao la luna de mayo...

JOSÉ LUIS.— ¿La luna de mayo? Todas las lunas de mayo que he pasao metido en estos papeles, todas las lunas de mayo perdidas en las habitaciones con los bienes proindiviso y las testamentarias..., todo lo olvido ahora y sólo sé que te estoy viendo... y que me estás mirando...

SOFI.— (*Rechaza otra acometida.*) Bueno, cuidadito. Está muy bien el discurso. Por lo menos, te sales un poco de la rutina diaria. Pero las manos quietas, rico...

JOSÉ LUIS.— Llegas un momento, ¿sabes?, en que uno cree que no va a saber hablar, en que uno cree que ha perdido la lengua verdadera y habla sólo en lenguaje jurídico. Eso trae esto. (*Señala los apuntes.*) Pero hay seres milagrosos como tú y te das cuenta de que no es eso, que no es eso la vida...

SOFI.— Se nota que, además de «eso», has leído la hoja del calendario... o has oído algún serial radiofónico...

JOSÉ LUIS.— Si tú quisieras, todo esto lo transformaba yo en noche de mayo pura y verdadera.

SOFI.— Quieto, niño...

JOSÉ LUIS.— No puedo..., no puedo... (*La sujeta, por fin, y la besa. Ella se deja besar.*)

SOFI.— Mira el pillín... ¿Quién iba a decirlo? Metido en sus papeles y ahora...

JOSÉ LUIS.— Tú y yo hemos nacido para entendernos... Desde el primer día lo vi...

SOFI.— (*Hace un esfuerzo para desasirse.*) Voy por el termómetro...

JOSÉ LUIS.— No, no te vayas... (*Da doble vuelta a la llave.*)

SOFI.— Que hay mucha temperatura aquí, chaval. Entre tú y ese...

JOSÉ LUIS.— Tienes que darme fe...

SOFI.— Si supiera que de verdad ibas a sacar la plaza...

JOSÉ LUIS.— ¿Qué?

SOFI.— Que sería capaz de hacer una locura...

JOSÉ LUIS.— ¿De verdad?

SOFI.— Quizá...

JOSÉ LUIS.— No seas guasona...

SOFI.— Tranquilo, niño, tranquilo... (*Se suelta otra vez.*) Bueno, y ábreme la puerta. A ver si voy a tener que gritar y damos el espectáculo...

JOSÉ LUIS.— Si me prometes...

SOFI.— Te prometo lo que quieras...

JOSÉ LUIS.— Si me prometes algo..., te digo que voy a la oposición como quien va a una fiesta..., a una fiesta brava..., como lo que es...

SOFI.— Olé...

JOSÉ LUIS.— ¿Me prometes?

SOFI.— Que sí... Ahora déjame ir por el termómetro... (JOSÉ LUIS abre y SOFI sale. JOSÉ LUIS se vuelve hacia el balcón y contempla, radiante, la noche primaveral.)

EL MUCHACHO.— Educación general de la proyectividad... Tenemos que AC partido por AX es AB partido por BX igual a OC menos OA partido por OK menos OA...

JOSÉ LUIS.— Me siento nuevo... Ahora es cuando me siento en forma. (Vuelve SOFI y le hace una seña de silencio con el dedo sobre los labios.)

SOFI.— Ana Mari está llorando en su habitación y tú tienes la culpa...

JOSÉ LUIS.— ¿Yo?

SOFI.— Cuanto más cultos sois los hombres, sois más brutos...

JOSÉ LUIS.— Eso dicen...

SOFI.— Deja que ponga el termómetro... (Coloca el termómetro al enfermo y le acaricia el pelo suavemente, más bien para protegerse de la acometida de JOSÉ LUIS.)

JOSÉ LUIS.— ¿Qué te parece si saco la notaría y nos vamos tú y yo de notarios a Málaga, por ejemplo? Eh, ¿qué te parece?

SOFI.— ¿Yo de notaria a Málaga? No sé...

JOSÉ LUIS.— Cincuenta mil duros al año...

SOFI.— ¿En serio?

JOSÉ LUIS.— Por lo menos.

SOFI.— Pero ¿un notario gana eso?

JOSÉ LUIS.— Que sí, mujer. Un notario como yo...

SOFI.— Me parece mentira tanta belleza...

JOSÉ LUIS.— Ya lo estoy viendo. Tú y yo, bailando en la playa de Torremolinos...

SOFI.— (Mirando el termómetro.) Madre, cuarenta de fiebre...

JOSÉ LUIS.— ¿Cuarenta? Si me lo pones a mí, rompo el termómetro...

SOFI.— Quiero. El chico tiene cuarenta de fiebre.

JOSÉ LUIS.— ¿Y qué?

SOFI.— ¿Cómo que «y qué»? Que está muy malo.

JOSÉ LUIS.— ¿El chico?

SOFI.— Hay que llamar a un médico...

JOSÉ LUIS.— No te vayas ahora...

SOFI.— Hay que avisar al médico.

JOSÉ LUIS.— No te vayas..., no puedes dejarme solo...

SOFI.— ¿A quién?

JOSÉ LUIS.— Al enfermo... (*Trata de abrazarla y ella le esquiva.*)

SOFI.— Estudia un ratito. (*Al abrir la puerta aparece PEPE SANTANA, muy elegante, con traje negro y su poco de pañuelo blanco saliendo del bolsillo. Viene despeinado y perfumado.*)

SANTANA.— Buenas noches, José Luis y compañía..., y vaya compañía.

SOFI.— (*Seca.*) Buenas noches.

JOSÉ LUIS.— Hola, Pepe. No me acordaba de tu visita...

SANTANA.— (*Embobado frente a la SOFI.*) No tengo el gusto...

JOSÉ LUIS.— (*Molesto.*) ¿No os conocéis? Sofi, y aquí, un amigo: Pepe Santana.

SANTANA.— Notario de Écija, para servirla...

SOFI.— (*Interesada.*) ¿Notario?

SANTANA.— Notario...

SOFI.— ¿De esos de cincuenta mil duros?

SANTANA.— (*Riendo.*) De esos mismos.

SOFI.— Cuarenta de fiebre... Madre mía... (*Sale. Silbido de SANTANA.*)

SANTANA.— Vaya monumento... ¿De dónde sale eso, tú?

JOSÉ LUIS.— (*Haciéndose el interesante.*) Amistades...

SANTANA.— Pero ¿vive aquí?

JOSÉ LUIS.— Hace años...

SANTANA.— Y tú, ¿estudiando la enfiteusis?

JOSÉ LUIS.— A ver...

SANTANA.— Pues lo que es yo, macho, si tengo una compañera de pensión como ésa, me paso la vida opositando a notarías.

JOSÉ LUIS.— Sí, no está mal..., pero...

SANTANA.— Oye, ¿y qué hace? ¿A qué se dedica?

JOSÉ LUIS.— ¿Ésa? Está enchulada con el jefe de la tuna de la Farmacia. Vienen todas las noches a darle la serenata, y a mí no me dejan estudiar...

SANTANA.— ¿Y si la llevamos a cenar con nosotros?

JOSÉ LUIS.— No va a querer...

SANTANA.— Yo la convenzo...

JOSÉ LUIS.— Todos están locos por ella..., y ella no hace caso ni al jefe de la tuna...

SANTANA.— ¿No dices que está enchulada con él?

JOSÉ LUIS.— Dicen. Que no es lo mismo.

SANTANA.— Aquí no hay plan.

JOSÉ LUIS.— Ni lo intentes...

SANTANA.— Ah, vamos... ¿Es que no quieres que te invada el campo?

JOSÉ LUIS.— ¿Quién, yo? Bastante tengo con lo mío.

SANTANA.— Claro. Tú lo que tienes que hacer es estudiar. Aprovechar estas veinticuatro horas.

JOSÉ LUIS.— Pues entonces vete a cenar tú solo y déjame tranquilo.

SANTANA.— Bueno, no te enfades. ¿Y Ana Mari?

JOSÉ LUIS.— Se ha ido. No vendrá. Y yo, pensándolo bien, tampoco puedo acompañarte. Tengo que repasar todo el Civil...

SANTANA.— Hombre, no; tú, no; eso no se hace. Quedamos en ir a cenar juntos...

JOSÉ LUIS.— (*Retador.*) Vete con la Sofi..., si es que puedes...

SANTANA.— Anda..., si quisiera... Pero no... Mirándolo bien, como ella hay muchas. En la Gran Vía, a montones. Lo que pasa es que aquí, en este ambiente, pues eso, que choca un poquito. Por el mismo contraste... Pero, nada. Tiene la boca torcida...

JOSÉ LUIS.— Sí, sí..., torcida...

SANTANA.— Bueno, tú, que se hace tarde. Vamos a cenar.

JOSÉ LUIS.— Ya te he dicho que no voy.

SANTANA.— ¿Es tu última palabra?

JOSÉ LUIS.— La última. (*Se abre la puerta y entran SOFI, PACO RUIZ y ANA MARI, cabizbaja, que se desentiende de todo, muy hosca.*)

SOFI.— (*A PACO.*) Yo creo que está muy malo. Tiene cuarenta, fíjate...

PACO RUIZ.— (*A JOSÉ LUIS y SANTANA.*) Hola, chicos... (*Muy en su papel de médico, se dirige a las mujeres.*) Vamos, incorporarle un poco para que pueda auscultarle. ¿Has dicho que cuarenta?

SOFI.— Cuarenta. (*SANTANA se acerca a ANA MARI y observa su ceño fruncido.*)

SANTANA.— Buenas noches, se dice, Anita...

ANA MARI.— (*Displicente.*) Hola, Pepe...

SANTANA.— (*Se vuelve a JOSÉ LUIS.*) ¿Estáis de morros?

JOSÉ LUIS.— Bah... (*Se ha sentado junto a la mesa y lee los apuntes.*)

PACO RUIZ.— Esto es pulmonía. Hay que ponerle penicilina.

SOFI.— Pobre chico.

PACO RUIZ.— Unas cuantas unidades de «peni» y mañana nuevo, chata.

ANA MARI.— Habrá que avisar a su familia, ¿no?

PACO RUIZ.— No estaría de más.

SOFI.— Si nadie sabe cómo se llama siquiera...

ANA MARI.— Doña Rosalía tiene que saberlo.

SOFI.— Pero no está. Vamos a mirar el carnet de identidad. ¿Es ésta su chaqueta? (*Se dirige a la percha.*)

ANA MARI.— No; la otra.

SOFI.— ¿Ésta?

SANTANA.— Permítame, señorita... (*Coge la chaqueta antes que SOFI y revuelve los bolsillos.*)

ANA MARI.— Con cuidado. No está bien eso de registrar...

SANTANA.— No hay nada. Un sobre en blanco, dos billetes del metro, unos apuntes de geometría analítica, dos pesetas... A ver... aquí...

ANA MARI.— A mí no me gusta eso de registrar.

SANTANA.— Soy notario. Quiero decir que mis manos son sagradas.

ANA MARI.— Ya sabemos que eres notario...

SANTANA.— Aquí hay una carta en francés... Letra femenina... Procedente de Suiza... Nada... Y aquí... tampoco... Está indocumentado...

SOFI.— ¿Y la maleta? ¿Habéis mirado en la maleta?

ANA MARI.— Doña Rosalía la abrió esta mañana. Nada: libros y ropa sucia.

PACO RUIZ.— ¿Quién tiene pasta?

ANA MARI.— ¿Pasta?

PACO RUIZ.— A ver... Cuarenta duros cuesta la broma. No vamos a dejar a un compañero morir como un perro...

SOFI.— Espera, que voy por el bolso...

SANTANA.— (*Adelantándose, muy ceremonioso.*) No se moleste. Aquí tengo yo. (*SOFI coge con delicadeza y finura los dos billetes.*)

SOFI.— Gracias, generoso.

PACO RUIZ.— (*Escribe rápidamente en una cuartilla.*) Aquí está la receta.

SOFI.— Bajo la farmacia.

SANTANA.— La acompaño...

SOFI.— Sé ir sola...

SANTANA.— Quiero decir, si no es molestia.

SOFI.— ¿Molestia? El dinero es suyo, al cabo. (*Salen emparejados.*)

SANTANA.— Hasta luego, muchachos... (*Asombro de todos.*)

PACO RUIZ.— ¿Quién es ése?

ANA MARI.— Un notario...

PACO RUIZ.— ¡Vaya con el notario!...

ANA MARI.— Bueno; si no me necesitas, no tengo nada que hacer aquí.

PACO RUIZ.— ¿Qué te pasa?

ANA MARI.— Nada...

PACO RUIZ.— Tienes cara de «suspense»...

ANA MARI.— Me duele la cabeza...

PACO RUIZ.— ¿Quieres venir a tomar un café?

ANA MARI.— ¿A tu cuarto?

PACO RUIZ.— A la cafetería...

ANA MARI.— No está mal la idea...

PACO RUIZ.— En cuanto ponga la inyección a éste. ¿Quieres ir preparando un poco de agua caliente?

ANA MARI.— En seguida... *(Sale ANA MARI. JOSÉ LUIS sigue estudiando. PACO saca un paquete de «Ideales».)*

PACO RUIZ.— ¿Quieres un pito?

JOSÉ LUIS.— Bueno. *(Lo coge al vuelo.)*

PACO RUIZ.— ¿Cómo va eso?

JOSÉ LUIS.— Medianejo...

PACO RUIZ.— Ánimo, chaval. El mundo es de los decididos...

JOSÉ LUIS.— Déjate de cachondeo...

PACO RUIZ.— Que sí, hombre. Que dentro de nada estás de notario..., como éste..., y aquí se queda Paco Ruiz, poniendo inyecciones de penicilina...

JOSÉ LUIS.— Sí, sí... Notario...

PACO RUIZ.— Y mientras, los notarios que se van con la Sofía Loren esa... Toda mi vida viendo cómo los otros se llevan lo bueno del mundo... Y yo, poniendo inyecciones de penicilina. Es la vida.

JOSÉ LUIS.— La vida.

PACO RUIZ.— Y un servidor, husmeando por las bocacalles de la Gran Vía... para volver a casa con sueño y mal sabor de boca. La vida...

JOSÉ LUIS.— La vida, macho...

PACO RUIZ.— *(Acercándose a él y en voz baja.)* De todas formas, te encuentro un poco cachondo, José Luis.

JOSÉ LUIS.— Será por esto que estoy leyendo de los bienes parafernales. *(Pausa. PACO se pasea.)*

PACO RUIZ.— *(Repentino.)* ¿Sabes a quién vi el otro día? A Trostky, que ha vuelto de Rusia...

JOSÉ LUIS.— ¿Trostky? ¿Es que ha estado en Rusia?

PACO RUIZ.— En Moscú. ¡Vaya tío!... Ése sí que entiende la vida... *(Calla de pronto al entrar ANA MARI con un cazo de agua caliente, que deja encima de la mesilla de noche. A ANA MARI.)* Te has dao demasiada prisa..., porque ésos no tienen traza de volver. Y mira que la farmacia de guardia está en la esquina... A lo mejor, se han ido a pasear a Rosales...

JOSÉ LUIS.— Capaces son. Les importa poco que se muera un compañero...

ANA MARI.— ¡Qué sensible!...

PACO RUIZ.— Oye, ¿qué os pasa? ¿Os habéis peleao?

ANA MARI.— No es nada.

PACO RUIZ.— Ya decía yo que algo pasaba.

ANA MARI.— No te metas en nuestros asuntos.

PACO RUIZ.— Bueno..., bueno... Pero mientras tanto, como ésos no vienen, será bueno que vuelvas a calentar el agua...

ANA MARI.— Está bien. *(Sale otra vez con el cazo.)*

PACO RUIZ.— Pues como te decía, el tío ha estao en Moscú.

JOSÉ LUIS.— Parece mentira.

PACO RUIZ.— Imagínate que me lo encuentro el otro día por la Universitaria. No le había conocido porque llevaba gafas negras y se había dejao barbita de esas de... Ya me entiendes... Me para y me dice con su vocecita: «¿Sabes de dónde vengo? De Moscú». A mí me dio un vahído. Me acordé de que aquel tío; a pesar de sus gafas y su barbita, lo había conocido en Almendralejo, en plena Extremadura... Y me parecía mentira... Suena raro todo lo que pasa ahora, ¿verdad?

JOSÉ LUIS.— Parece el fin del mundo.

PACO RUIZ.— Es un tío, no digas. Mira que haber estao en Moscú... Ya sólo le queda ir a la Luna...

JOSÉ LUIS.— *(Con voz llorosa.)* Y yo sin poder asimilar todo eso... Mañana palmo otra vez, Paco...

PACO RUIZ.— No llores, hombre.

JOSÉ LUIS.— No lloro... ¿Y cómo ha ido ése a Moscú?...

PACO RUIZ.— Según me dijo... *(Se detiene al ver otra vez a ANA MARI con el cazo de agua caliente.)*

ANA MARI.— Pero ¿no han vuelto todavía?

PACO RUIZ.— No han vuelto, no, Anita.

ANA MARI.— ¡Qué canallas, qué criminales!... Porque, vamos, es un crimen...

PACO RUIZ.— Vuelve a poner el agua en la lumbre. Ya te avisaré cuando vuelvan...

ANA MARI.— A ver si voy a estar toda la noche yendo y viniendo con el dichoso cacito... *(Sale.)*

PACO RUIZ.— Me dijo que estaba en París y que le habían invitado al congreso de no sé qué. El no es comunista. Más bien había sido un hincha del Real Madrid. Pero ¿quién se pierde un viaje así?

JOSÉ LUIS.— ¡A ver! Y uno tiene ganas de ver cosas nuevas...

PACO RUIZ.— Y como vemos que nos vamos a pasar toda la vida poniendo inyecciones, o preparando notarías, o llevando y trayendo un cazo de agua caliente, la verdad... *(Entra ANA MARI, rabiosa.)*

ANA MARI.— He dejao el agua en el hornillo. Que hierva. A ver si le da la gana de volver.

PACO RUIZ.— Es igual, mujer. Si sólo era para lavar la aguja... Ya puedes traer el agua.

ANA MARI.— *(Fuera de sí.)* ¿Y para eso me haces ir y venir? Te voy a tirar el agua hirviendo a la cara..., ¡sinvergüenza!... *(Sale airada.)*

PACO RUIZ.— Y luego hay tíos, como el notario ese, que viven como enanos. Y no lo entiendo. Como si fuéramos de otra raza.

JOSÉ LUIS.— Igual que los negros vivimos...

PACO RUIZ.— A lo mejor, somos negros y no nos habíamos dao cuenta, tú. *(Entra otra vez ANA MARI y deja con rabia el cazo de agua hirviendo sobre la mesilla.)*

ANA MARI.— *(Enfurecida.)* ¿Ya me habéis cortao suficientes trajes?

PACO RUIZ.— ¡Qué lista eres!...

ANA MARI.— Vosotros me habéis tomao por tonta...

PACO RUIZ.— *(Mientras desinfecta la aguja.)* No se puede andar con secretos con las mujeres...

ANA MARI.— ¡Somos más tontas!... *(Se abre la puerta y entran SOFI y SANTANA muy alegres, riéndose, ante la envidia de todos.)*

SOFI.— *(Triunfal.)* Aquí está la «peni».

PACO RUIZ.— ¿Habéis ido al extranjero por ella?

SANTANA.— ¿Hemos tardao?

PACO RUIZ.— El tiempo de tomar el avión a Berlín y volver.

SOFI.— ¡Anda, exagerao...!

PACO RUIZ.— Bueno. Ahora, ayudadme un poco. *(Mientras ayudan las dos mujeres a PACO, SANTANA mira con aire triunfal a JOSÉ LUIS.)*

SANTANA.— Ánimo, chaval, que mañana es tu día...

JOSÉ LUIS.— Déjame tranquilo dentro de mi angustia...

SANTANA.— Esa frase debe ser de alguna obra de Buero Vallejo. (JOSÉ LUIS *no le contesta. Se aprieta la cabeza con las manos y trata de abstraerse.*)

PACO RUIZ.— (*Termina de inyectar.*) ¡Pobre chico!... Es muy mono, ¿verdad?

ANA MARI.— Y parece buena persona... Se le ve inocente... No parece maleado como nosotros...

SOFI.— Y no le deben ir muy bien las cosas, porque va muy mal trajeadito, ¿verdad? (*Siguen hablando las dos mujeres junto a la cama. PACO RUIZ se une al grupo de los hombres. SANTANA saca tabaco rubio.*)

PACO RUIZ.— (*Rechazando el tabaco.*) No fumo de eso. ¿Quieres tú de esto? (*Saca el paquete de «Ideales».*)

SANTANA.— Pues sí... Gracias. (*Encienden los cigarrillos.*) ¿Es grave lo del chaval?

PACO RUIZ.— Pulmonía doble... (*Silbido de SANTANA.*)

SANTANA.— ¿Qué estudia?

PACO RUIZ.— ¡Si, por lo visto, no lo conoce nadie!

JOSÉ LUIS.— Llegó esta mañana. Me dijo que venía de Córdoba y que se había acatarrado en el tren. Se acostó. Doña Rosalía dijo que esta noche le cambiaría de habitación. Pero esta noche será mañana, porque Doña Rosalía no está. Trabaja por la noche de cajera en una sala de fiestas...

SANTANA.— ¿No le basta con el negocio?

PACO RUIZ.— A ésa no le basta ni con el Banco de España... ¡Debe tener más dinero guardao!... Un día me voy a convertir en Raskolnikof...

JOSÉ LUIS.— No estaría mal... Y si necesitas cómplice, avisa.

SANTANA.— Bueno... ¿Y qué hacemos aquí ya? El chico dormirá. ¿Por qué no vamos todos a cenar?

PACO RUIZ.— ¡Hombre! La idea es propia de un notariazo...

JOSÉ LUIS.— Yo no puedo ir...

PACO RUIZ.— (*A SANTANA.*) Pues nos vamos los dos con las dos mujeres. ¿Hace?

SANTANA.— Hace. (*A las mujeres.*) ¡Eh, vosotras!... ¿Venís a cenar?

ANA MARI.— Y el chico, ¿qué?

PACO RUIZ.— Éste se queda de enfermero. (*Por JOSÉ LUIS.*)

ANA MARI.— ¿Ése? Pues mira que si hace lo de hoy...

PACO RUIZ.— ¿Qué ha hecho hoy?

ANA MARI.— Tomarse él las aspirinas en lugar de dárselas al enfermo. ¡Será atontao!...

SANTANA.— Bueno, ¿vamos o no?

SOFI.— Yo no puedo ir...

ANA MARI.— Pues si tú no vienes, tampoco voy yo...

SANTANA.— ¿Cómo? ¿Que no vas a venir?

SOFI.— Tengo un compromiso...

SANTANA.— Pues deja el compromiso.

SOFI.— Dejadme telefonar, al menos.

PACO RUIZ.— Pues ya estás telefoneando, que son más de las diez y media.

(Sale SOFI.)

ANA MARI.— Os advierto que yo voy sin ganas. Tengo un dolor de cabeza...

SANTANA.— Tómate unas aspirinas. Y tú, José Luis, ¿vienes o no vienes?

ANA MARI.— No sé para qué se lo preguntas siquiera...

SANTANA.— Pensándolo bien, lo mejor es que se quede. No sea que luego vaya a decir que por nuestra culpa perdió la notaría...

JOSÉ LUIS.— ¿Por qué no os largáis de una vez?

ANA MARI.— Sí, hijo, sí. Te dejamos a tus anchas...

JOSÉ LUIS.— A ver si es verdad, de una vez... *(Vuelve SOFI.)*

SOFI.— Ya está. Finiquitao el asunto. A vuestra disposición.

SANTANA.— Bravo. Ya lo sabía yo... *(SANTANA se empareja con SOFI, y PACO con ANA MARI. JOSÉ LUIS, un poco sorprendido, se pone en pie.)*

SANTANA.— Bueno, chico. Que aproveche la noche.

SOFI.— Adiós, José Luis.

ANA MARI.— A ver si no haces una barbaridad con la criatura...

PACO RUIZ.— No te preocupes. El chico dormirá tranquilo. Si pasa algo, que no pasará, llamabas al cero-nueve-uno... *(Salen entre risas. Se oyen voces un rato. JOSÉ LUIS, abrumado, da unas cuantas vueltas por la habitación. Se acerca al balcón y mira hacia abajo. Luego mira al que duerme. Apaga las luces y deja todo en penumbra. Enciende el flexo que hay en la mesa y se inclina sobre los apuntes. Suspira. Bebe un vaso de agua y, en son triste, recita.)*

JOSÉ LUIS.— En los albores bizantinos del siglo sexto estaba consagrada esa oposición por la pugna sucesoria entre las Doce Tablas y las reformas pretorianas, como lo estaban también en la propiedad quirritaria y bonitaria la usucapión y la prescripción. El Código de los Decenviros,

estableciendo los órdenes de «suyos» y «agnado», tenía vigor legal; pero su fuerza estaba sólo en la letra de la ley, mas no en la realidad vivida..., mas no en la realidad vivida... (*En el silencio de la noche se oyen, de pronto, rasgueos de guitarras y murmullos de cantos. JOSÉ LUIS levanta la cabeza, asustado.*) Y ahora vienen éstos, como todas las noches... (*Se oyen voces en la calle de «Atención» y «Preparados». JOSÉ LUIS habla deprisa.*) Así encontró Justiniano el derecho de sucesión legítima, regido en teoría por normas seculares implacables. (*Llega, alegre y melancólico, el canto de los «tunos» en la calle:*)

«En la noche de claros luceros,
la que yo más quiero,
la vengo a rondar...»

(*Tratando de aislarse.*) Justiniano, al igual que en otras instituciones, orientó su labor a simplificar el derecho, recibiendo como ley lo que la vida había sancionado... (*El canto sube, sonoro y triunfal.*) Es imposible... No se puede... (*Abre el balcón y grita a los de abajo.*) Eh... A ver si os calláis...

VOCES ABAJO.— ¡A ver si te crees que te hemos venido a cantar a ti!... ¡Que no eres la Marilyn Monroe!... ¿Quién es ese tío feo?

JOSÉ LUIS.— ¡Hay un enfermo..., un enfermo grave..., muy grave!... (*Arre-cian los silbidos y el canto se hace agamberrado.*) ¡Maldito sea!... Les tiraba un tiesto de buena gana... ¡Que os calléis, hombre!... ¡Que se ha marchao!... ¡Que no está!... ¡Que se la ha llevao un notario..., para que os enteréis!... (*Más silbidos. Más insultos. JOSÉ LUIS, asustado, cierra el balcón. El canto vinoso y turbio sigue desgarrado, como buscando una especie de venganza.*)

«Sal al balcón,
mi corazón.
Ahora, que pasa la ronda...»

(*JOSÉ LUIS se aprieta las sienes con las manos y cae derrengado en la silla, lloroso, mientras desciende el telón.*)

ACTO TERCERO

MOMENTO PRIMERO

La misma decoración. Dos días después, por la noche. La escena, a oscuras, únicamente iluminada por el resplandor de las luces de la calle. Ruido lejano de tranvías y bocinas. Se abre la puerta y aparece ANA MARI, vestida de calle, que rápidamente se inclina sobre el enfermo a auscultarle. En seguida lanza un grito ahogado y sale al pasillo, llamando a gritos a DOÑA ROSALÍA. La escena, unos momentos sola. Se oye la música estridente de un «rock and roll», procedente de un tocadiscos cercano. Entra DOÑA ROSALÍA, sofocada, con una bata muy complicada y el pelo lleno de rizadores.

DOÑA ROSA.— ¡Qué disgusto, santo Dios, qué disgusto!... En veinte años, en veinte años no había pasado nada igual!...

ANA MARI.— ¡Ay, Dios mío!... *(Asustadas, las mujeres contemplan al enfermo.)*

DOÑA ROSA.— *(Mientras se inclina sobre el enfermo.)* ¡En qué hora se me ocurrió admitirle! ¡En qué hora! Calle..., espere..., todavía vive...

ANA MARI.— *(Rompiendo a llorar.)* ¡Ay, qué pena, Dios mío, qué pena!...

DOÑA ROSA.— *(Muy nerviosa.)* Si no se calla, no puedo escuchar... Cállese, que escuche, por amor de Dios...

ANA MARI.— *(Reponiéndose.)* Yo voy a ver si encuentro a PACO... o a otro cualquiera...

DOÑA ROSA.— Pero cállese y déjeme escuchar... *(Pausa.)* El corazón late... Desde luego, vive... Pero yo creo que es la agonía...

ANA MARI.— *(Nerviosísima.)* A ver..., déjeme a mí... *(Ausculta.)* Sí, sí, vive. Hay que hacer algo..., porque se muere...

DOÑA ROSA.— (*Secándose el sudor.*) En veinte años, ¿usted me comprende?, en veinte años de salir y entrar gente en mi casa no me había pasado nunca esto. (*Llega la música estridente.*) ¡Dios mío, qué complicación! Y esa música, ¿quién toca esa música?

ANA MARI.— Hay que avisar... Llamar al cero-nueve-uno.

DOÑA ROSA.— (*Rápida.*) No, no. Nada de complicaciones con la Policía... A la casa de socorro, tampoco... Hay que avisar a Paco, que es el que ha asistido... ¿Dónde estará ahora ese hombre?

ANA MARI.— (*Llorando otra vez.*) Dios mío, qué desgracia. En esta casa tenemos la negra...

DOÑA ROSA.— No diga usted tonterías. A lo mejor es una falsa alarma. Pero ¿cómo no me dijo nada José Luis cuando se fue esta mañana?

ANA MARI.— Porque esta mañana ni veía ni oía. Seguro que ni le miró, con el nerviosismo del examen. Además, como usted quedó en cambiar al chico de habitación y desde anteayer no se ha preocupado...

DOÑA ROSA.— Pero eso no se hace. Porque quién sabe si hubiera podido arreglarse antes de llegar a esto. Dios mío, si se muere, qué conflicto. Un muchacho desconocido, indocumentado... No quiero ni pensarlo... Hay que hacer algo en seguida. No nos estemos así, mirándonos las caras. ¿Me comprende usted? Vamos a llamar. Busque usted a Paco o a otro médico. No pensemos. Lo mejor es no quedarse quietas, porque si nos quedamos quietas estamos perdidas. (*Llega la música horrrisona.*) Uy, esa maldita música... Voy a ver si consigo que la bajen un poco... (*Sale DOÑA ROSALÍA apresurada, y ANA MARI se inclina un momento sobre el agonizante.*)

ANA MARI.— ¡Pobre, pobre muchacho! ¿Cómo has venido a morirte aquí, aquí precisamente?... (*Sale llorando. Se oyen voces. Timbres. Entra PACO, quitándose la gabardina aprisa. Trae gotas de lluvia en el pelo, que brillan luminosas. Tras él, las dos compungidas mujeres.*) ¡Ay! Gracias a Dios que llegas, Paco...

DOÑA ROSA.— (*Inclinada en la puerta, con el pañuelo en la boca. Mira asustada y nerviosa, mientras PACO reconoce al enfermo. Pausa larga y tensa.*)

PACO RUIZ.— (*Levanta la cabeza y mira fijamente a las dos mujeres.*) No hay nada que hacer...

DOÑA ROSA.— *(Con un leve grito.)* Una ambulancia. Una ambulancia en seguida y que se lo lleven. Que se lo lleven. No quiero líos.

PACO RUIZ.— Calma, señora, calma. A ver si obramos con un poco de tranquilidad... Una inyección de cardiazol... Preparen agua caliente... Y no anden gimoteando. Pronto. *(Las mujeres salen, empujándose una a otra. PACO se seca la lluvia del pelo y saca la jeringuilla de la cartera. Observa al muchacho como lo hizo ANA MARI.)* Muchacho..., muchacho... Mala suerte has tenido... *(Entra DOÑA ROSALÍA, muy nerviosa.)*

DOÑA ROSA.— Oiga, señor Ruiz, compréndame usted. Yo no quiero líos con la Policía. El chico es un indocumentado. Que se lo lleven. A cualquier sitio.

PACO RUIZ.— Usted se calla ahora...

DOÑA ROSA.— Soy una pobre mujer. Compréndame usted...

PACO RUIZ.— Está usted comprendida...

DOÑA ROSA.— Es que...

PACO RUIZ.— No hay «es que» que valga... El chico se muere...

DOÑA ROSA.— Si al menos supiéramos quiénes son sus parientes. Tendrá a alguien, digo yo... ¿Es ésta su ropa? A ver, a ver... *(Coge con nerviosas manos de avara la chaqueta y los pantalones del chico.)* Papeles, dos pesetas..., un sobre... No hay nada... A ver..., nada..., «Ecuación general de la proyectividad». ¡Dios mío, cómo se me ocurrió admitirle! ¡Qué descuido, Dios mío, qué descuido!... *(Entra ANA MARI con el recipiente de agua, llorando. Mientras PACO inyecta, se oye una pausa de gimoteos por parte de las mujeres.)*

PACO RUIZ.— Ya está hecho todo lo que podía hacerse.

DOÑA ROSA.— ¿Y usted no vio ayer que se moría? Vaya médico que es usted. Luego dicen que no encuentran ustedes trabajo. Si...

PACO RUIZ.— *(Cortando.)* Haga el favor de salir de esta habitación, señora...

DOÑA ROSA.— No me da la gana... Ésta es mi casa. Usted es el que tiene que irse a la calle...

PACO RUIZ.— *(Muy tranquilo.)* Si yo cruzo esa puerta es para llamar en seguida a la comisaría...

DOÑA ROSA.— Será capaz...

PACO RUIZ.— Salga.

ANA MARI.— *(Llorosa.)* No griten así, por favor. Se va a enterara la vecindad. *(DOÑA ROSALÍA sale, furiosa. Pausa, en la que se oye la música del inconcreto tocadiscos.)*

PACO RUIZ.— Tía indecente. La de líos que tendrá cuando teme tanto a la Policía. Bruja usurera...

ANA MARI.— Estoy temblando, Paco. *(Se deja caer sobre una silla.)*

PACO RUIZ.— ¿Es que no has visto nunca morir a nadie?

ANA MARI.— En estas circunstancias tan extrañas, no.

PACO RUIZ.— Pues así nos hemos de ver todos. Muertos en el rincón de cualquier pensión, si es que Dios no lo remedia.

ANA MARI.— No hables así, por Dios.

PACO RUIZ.— Acostúmbrate a esto. Es como una guerra sorda. Es como si estuviéramos en el frente...

ANA MARI.— Pero ¿de verdad se muere?

PACO RUIZ.— No hay más remedio. Le ha fallado el corazón... Debía tener alguna lesión... No sé...

ANA MARI.— Pero si ayer parecía que estaba mejor.

PACO RUIZ.— Eso parecía.

ANA MARI.— ¿Debemos avisar a un sacerdote? *(PACO se encoge de hombros.)* Pero ¿qué pasa? Dios le perdonará. Tiene que perdonarnos a todos los que sufrimos tanto...

PACO RUIZ.— Va a ser un lío. Habrá que dar cuenta, naturalmente. Vendrá la Policía. Habrá investigaciones. Luego, el entierro. Claro que nosotros, nada. Doña Rosalía es la que apechugará con todo. Me alegro por ello.

ANA MARI.— ¿Cómo dices eso? ¿Es posible que hables así? ¿Por qué nos odiamos de ese modo? *(Se abre la puerta y aparece DOÑA ROSALÍA, tímida y llorosa.)*

DOÑA ROSA.— ¿Qué?

PACO RUIZ.— Hágase usted a la idea. El chaval palma. Hay que dar cuenta...

Doña Rosa.— Pero ¿no puede intentarse...?

PACO RUIZ.— ¿El qué?

DOÑA ROSA.— La ambulancia.

PACO RUIZ.— Imposible. No hay tiempo.

DOÑA ROSA.— Y lo dice usted así..., así... *(Se sienta en una silla, retorciéndose las manos.)* Me está bien empleado por buena. Por no hacer lo que tenía que hacer. ¿Usted me comprende? Abro mis puertas a todo el mundo. Cualquier desharrapao que llega a mi casa encuentra las puertas francas. Y me tenía que pasar. Que confía una demasiado en la gente y hay de todo, por desgracia, en este mundo... *(ANA MARI se ha acerca-*

do a la cama y mira obsesiva al MUCHACHO. PACO también le contempla. DOÑA ROSALÍA sigue su perorata, subrayada por el ya amortiguado ruido de la música del tocadiscos.) Y luego, cuando llega la hora, le vuelven a una las espaldas. Ahora vendrá la Policía. Pues nadie me echará una mano, descuide usted, y si te he visto no me acuerdo. ¿Usted me comprende? Ahora que... se terminó. Doña Rosalía la buena se muere con el muchacho eso. Vaya si se muere. Lo que es a partir de ahora en mi casa no entran golfos ni viven golfos... Lo que es eso... Y el que no pague como Dios manda, a la calle..., a la calle... Porque ya se ha visto bien claro lo que puede una esperar de los demás... Tonta que es una, más tonta... *(Se seca los ojos con el pañuelo. La música del tocadiscos sube estridente de tono cuando cae el telón.)*

MOMENTO SEGUNDO

Una media hora después. Han retirado el cadáver de la cama. Sobre la mesa está encendido el flexo, y todo el resto de la escena, en semipenumbra. No se oye ya la música. ANA MARI se ha dejado caer sobre una silla frente al balcón y escucha las palabras de PACO, que habla tras ella, contemplando también la noche primaveral.

PACO RUIZ.— Tienen que pasar estas cosas..., ¿comprendes? Estas pequeñas cosas, para que nos demos cuenta de algo. De que somos unos pobres inocentes que no saben dónde van; de que hay un destino negro por delante... Pero no te preocupes. Mañana ya habrá pasado. Y nos olvidaremos también de esto... Piensa en José Luis. Es posible que triunfe. Quizá mañana sea un gran día para ti... *(ANA MARI trata de ahogar sus sollozos colocándose el pañuelo en la boca.)* Ahí quedará el pobre muchacho desconocido. Pasará al depósito judicial. Seguiremos indagando sobre sus familiares... Y seguiremos viviendo los demás...

ANA MARI.— Parece un sueño...

PACO RUIZ.— Vamos, Ana Mari..., no seas tan criatura...

ANA MARI.— ¿Cómo podremos ser tan miserables?

PACO RUIZ.— ¿Y si hicieras un par de tazas de nescafé? Estoy agotado. Tú también lo estás... Anda... Eso te distraerá.

ANA MARI.— No quiero distraerme. Quiero pensarlo. Quiero que se me clave bien dentro. Pero, sí, haré dos tazas de nescafé. Tengo también alguna galleta. Pero ¿por qué no nos vamos a la calle?

PACO RUIZ.— Debemos estar aquí hasta el final...

ANA MARI.— *(Más calmada.)* Está bien. Vuelvo ahora... *(Sale ANA MARI. PACO enciende un cigarrillo y coge un montón de papeles de JOSÉ LUIS, que lee por encima con indiferencia. Entra SOFI, que viene de la calle, muy nerviosa.)*

SOFI.— Paco, Paco..., ¿es posible?

PACO RUIZ.— ¿No lo has visto?

SOFI.— *(Signo afirmativo con la cabeza.)* Pobre muchacho... Pero ¿quién era?

PACO RUIZ.— No sabemos ni cómo se llamaba.

SOFI.— Es horrible. Y doña Rosalía está que echa chispas. Qué mujer más odiosa. No he visto nada tan egoísta.

PACO RUIZ.— Felizmente para ella.

SOFI.— No hables así... *(Pausa.)* ¿Puede hacerse algo todavía? Tengo algún dinero.

PACO RUIZ.— Supongo que la mujer esa habrá dado parte.

SOFI.— ¿Tiene que venir la Policía?

PACO RUIZ.— Supongo...

SOFI.— La autopsia y todo eso, ¿no?

PACO RUIZ.— ¡Qué espanto! ¿Y cómo no pudo preverse? No, no quiero decir tonterías. Supongo que tú lo habrás previsto todo. Eres médico. Pero no consigo hacerme a la idea. Que haya muerto un muchacho desconocido, pero unido a nosotros de una manera tan extraña... Le acabo de ver... y tiene una grandeza misteriosa. Parece Jesucristo... *(Se sienta y enciende un cigarrillo para ocultar su nerviosismo.)* Y no sé por qué, pero me temía todo esto. Venía nerviosa en el autobús. Estaba segura de que iba a pasarme algo. Pero no pensaba en el muchacho. Se me había borrado de la memoria. A todos se nos había borrado de la memoria..., aunque lo teníamos delante...

PACO RUIZ.— No tiene gran importancia. No hagamos como los intelectuales de moda, que echan literatura a manos llenas. No somos de éstos. *(Pausa.)*

SOFI.— ¿Y José Luis?

PACO RUIZ.— *(Con ironía.)* José Luis debe estar ahora luchando por una notaría...

SOFI.— Sí..., y toda la tarde estuve pensando en él. Del muchacho ni me acordaba... *(Entra ANA MARI con la bandeja y las tazas de nescafé. Al ver a SOFI, deja aprisa la bandeja y se abraza, llorosa, a ella.)* Qué desgracia, ¿verdad?

ANA MARI.— Es horrible... *(PACO se ha sentado en la mesa y mueve la cucharilla con cinismo.)*

PACO RUIZ.— Y lo peor de todo es que la tía esa ha aprovechado la ocasión para insultarnos. Me parece que vamos a tener que largarnos...

ANA MARI.— Yo no estaré ni un día más en esta casa. Cuando todo haya terminado...

SOFI.— ¿Quién piensa ahora en eso?

PACO RUIZ.— ¿En qué quieres que pensemos? ¿En la metafísica?

ANA MARI.— *(A SOFI.)* ¿Quieres una taza?

SOFI.— No, hija, no tengo ganas. *(PACO y ANA MARI toman el nescafé y SOFI pasea por la habitación. Contempla la cama vacía.)* Si pudiéramos enterrarle nosotros..., nosotros solos..., sus amigos, sus compañeros... Porque no debe tener otros... Pero que se tengan que meter todos éstos...

ANA MARI.— Un compañero..., un compañero que ni siquiera sabíamos cómo se llamaba.

PACO RUIZ.— No te pongas de folletín.

ANA MARI.— Tú ya estás tan tranquilo. Como si no hubiera pasado nada.

SOFI.— Por favor, no discutáis ahora.

ANA MARI.— Aunque quisiera, no podría pensar en otra cosa. Me he quedado vacía. Todo lo demás me parece una bobada...

PACO RUIZ.— Es lo que se dice en casos semejantes.

ANA MARI.— Será mejor que me calle... *(Pausa. PACO se levanta.)*

PACO RUIZ.— Yo me voy a dormir. Ya me despertaréis si es necesario.

ANA MARI.— Yo no puedo dormir. Me quedará a velarle. Deberíamos velarle todos.

PACO RUIZ.— Me gustaría saber de verdad quién te preocupa más: si el muerto o el vivo. Quiero decir si lo que esperas no son noticias de José Luis...

ANA MARI.— Qué cosas dices. Parece mentira que antes estuvieras tan cabal y ahora digas eso... Me tiene sin cuidado José Luis y la oposición. He

terminado, para que lo sepas, con José Luis y con todo. Necesitaba sólo esto para terminar de ver claro...

PACO RUIZ.— Pues ya eres mayorcita. Podías haber visto claro hace mucho tiempo.

ANA MARI.— Me callaré. Está visto que no puedo decir más que tonterías. Ya sé que no veo nada claro...

SOFI.— (*A ANA MARI.*) Acuéstate un rato. De momento, me quedo yo.

ANA MARI.— (*Con rabia.*) No tengo sueño...

PACO RUIZ.— Bueno..., pues yo..., con vuestro permiso, me voy a la piltra. Ya me despertaréis en todo caso... (*Al salir se para frente a un calendario.*) ¿Qué día es hoy? Catorce de mayo. Hombre, mañana es San Isidro. No me acordaba. Hasta luego, chicas. (*Sale. Pausa violenta. Las dos mujeres fuman en silencio, observando el cielo por el balcón.*)

SOFI.— (*Repentina.*) José Luis, ¿no habrá terminado ya?

ANA MARI.— (*Molesta.*) No lo sé.

SOFI.— ¿No te ha telefonado?

ANA MARI.— No me importa.

SOFI.— No seas boba. No quieras engañarte. Te preocupa, y mucho.

ANA MARI.— Es un egoísta odioso...

SOFI.— Anteayer pensabas de otra manera cuando fuiste llorando a mi cuarto.

ANA MARI.— Anteayer... ¿Quién se acuerda ya de anteayer?

SOFI.— No seas tonta. Lo que importa es cambiar de vida. Tienes que casarte.

ANA MARI.— No.

SOFI.— Estoy segura de que todo irá bien.

ANA MARI.— Calla, por favor.

SOFI.— Sin embargo..., no puedo dejar de pensar en el pobre muchacho.

ANA MARI.— Ha sido todo tan inesperado... Un momento, y todo ha cambiado. Por eso, ¿qué puede importarme José Luis? No puedo vivir así, Sofi. No podemos seguir viviendo de este modo. Vacíos. Como animales. Como piedras, ni siquiera como animales. Está pasando el tiempo. Nos estamos hundiendo.

SOFI.— Cambiar. Si se pudiera... La vida tiene mucho veneno. Ya ves, Paco se ha ido a dormir. No quiere pensar. Créeme: lo mejor es no pensar. Emborracharnos.

ANA MARI.— (*Furiosa.*) Llevamos diciendo eso veinte años. Veinte años con la misma historia. No pensar, emborracharse. Hasta que, de pronto, un

compañero tuyo muere delante de tus narices y todavía sigues diciendo: no pensar, emborracharse... (*Entra DOÑA ROSALÍA.*)

DOÑA ROSA.— ¿Y Paco?

SOFI.— Se acostó.

DOÑA ROSA.— ¡Será sinvergüenza! (*Pausa. DOÑA ROSALÍA se sienta en la otra silla.*) Bueno, quiero decirles... que ahora, ¿me comprenden?, cuando venga la gente esa, que digan la verdad...

SOFI.— ¿Qué verdad?

DOÑA ROSA.— ¿Qué verdad va a ser? Que el muchacho llegó anteayer, que venía enfermo; pero que parecía cosa de nada; que tenía prisa por acostarse y que por eso no le pedimos la documentación y no pude presentar la hoja de entrada, y que..., en fin, la verdad.

SOFI.— Usted descuide... Por nosotras no quedará.

DOÑA ROSA.— Y Paco que se las arregle como sea.

ANA MARI.— ¿Qué tiene que ver Paco?

DOÑA ROSA.— ¿No me comprende? El fue quien le asistió como médico. El responsable...

ANA MARI.— No sé qué quiere usted decir.

DOÑA ROSA.— Que todos tenemos que bailar en la misma cuerda. Eso quiere decir.

SOFI.— No se preocupe.

DOÑA ROSA.— Y se ha terminado todo en esta casa. ¿Me comprenden? Todo. Que ésta es una casa decente. ¿Me comprenden?

SOFI.— (*Un poco chula.*) Hombre, una casa decentísima...

DOÑA ROSA.— (*Idem.*) Pues eso. (*Pausa. DOÑA ROSALÍA consulta el reloj.*) Y ahora, vaya usted a saber lo que tardarán en venir. Y yo sin poder ir a trabajar. Porque no puedo salir. ¿Ustedes no se acuestan?

SOFI.— Cuando tengamos sueño.

DOÑA ROSA.— Mira que en veintitantos años no me había pasado nada y, zas, de pronto, hala, el follón... (*Se levanta.*) Voy a tomar un poco de tila. Ustedes también deberían tomar. Parecen muertas. (*Sale.*)

SOFI.— ¡Qué mujer tan asquerosa! Mañana mismo dejo esta casa.

ANA MARI.— Y yo...

SOFI.— Mañana buscaremos otro sitio.

ANA MARI.— A una isla desierta.

SOFI.— ¿Qué te parece si nos vamos a vivir juntas?

ANA MARI.— Aunque sea a una barraca...

SOFI.— Mañana mismo empezamos a buscar. Lo encontraremos. Tenemos que apartarnos de todo esto. Si no, acabaremos como ella. ¿Te das cuenta? Acabaremos igual que ella. Es espantoso.

ANA MARI.— Sí, mañana. Mañana empezaremos. Encontraremos un sitio apartado. Nos encerraremos para toda la vida. No quiero hablar con nadie.

SOFI.— Mujer, no seas exagerada. Podemos vivir a gusto. Podemos buscar un piso pequeño. Yo me encargo...

ANA MARI.— Sí, que no nos veamos como ese chico...

SOFI.— El muchacho ese tiene cierta grandeza. Es una muerte..., no sé cómo decirte..., poética. Morir así, en el anónimo más grande... ¿No es hermosa esa muerte?

ANA MARI.— Calla, por Dios...

SOFI.— Lo estoy pensando. Aunque esté hablando contigo, le estoy viendo. Le estoy viendo en los trenes, en los vagones de tercera, con sus ojos ausentes. Le estoy viendo subir las escaleras de las pensiones con su maleta. Le veo estudiar por los rincones, desorientado, vagabundeando, sin sentirse unido a nadie..., envuelto en su locura.

ANA MARI.— Sofi... Estás soñando.

SOFI.— Te juro que me gustaría estar en su lugar. Haber terminado con todo sin empezar. Tener esa pureza.

ANA MARI.— Pero Sofi...

SOFI.— Tú no sabes lo que yo tengo sufrido. No puedes hacerte una idea. Si tú supieras..., si tú supieras... *(Se oyen voces en la calle y rasgueos de guitarra. Las dos mujeres se interrumpen. Es la tuna, que viene a rondar como todas las noches. SOFI, como despertando de un sueño, dice:)* Dios mío..., los de la tuna.

ANA MARI.— Y van a cantar, como todas las noches...

SOFI.— Hay que avisarles...

ANA MARI.— Déjame a mí. *(Voces abajo. Estalla el coro, que canta «Clavitos».)*

SOFI.— ¡Dios mío, qué tristeza tan grande!... *(Interrumpe, furiosa, DOÑA ROSALÍA.)*

DOÑA ROSA.— A ver si hacen el favor de decir a esos gamberros que ha habido una defunción en la casa y que no estamos para musiquitas. ¿Me

comprenden? *(Al oír esto, SOFI gana el terreno a ANA MARI y sale al balcón. La canción se intercala de suspiros y piropos. SOFI sonrío satisfecha.)* Vamos. No se quede ahí... Jesús, qué poca vergüenza. *(SOFI sigue indiferente a DOÑA ROSALÍA.)*

ANA MARI.— Diles que callen, mujer...

SOFI.— *(Arrebatada de pronto.)* No, no les diré que callen. Que canten. Que sigan cantando. Que canten hasta el amanecer. Es el único homenaje que podemos hacer al muchacho. Y deben cantar como todas las noches...

DOÑA ROSA.— ¿Se ha vuelto loca? *(DOÑA ROSA intenta salir al balcón y SOFI se lo impide. Durante esta escena las dos mujeres jadean en la lucha.)*

SOFI.— Tienen que cantar. Vienen a cantarme a mí todas las noches. Pero hoy cantan por otro mucho más grande que todos nosotros.

DOÑA ROSA.— Que se callen. Que se callen.

SOFI.— A usted nunca han podido cantarla.

DOÑA ROSA.— Tiene que venir la Policía..., la Policía...

SOFI.— No le gusta que canten. Es la primera noche que puede oírles. Hoy no ha podido ir a encerrarse en su cubil.

DOÑA ROSA.— Es usted una ramera indecente.

SOFI.— Usted no llega siquiera a eso...

ANA MARI.— Por Dios, SOFI... *(DOÑA ROSALÍA se desprende de la otra y se dirige a la puerta de la habitación.)*

DOÑA ROSA.— Me van a oír... Van a conocerme... *(Quedan las dos mujeres apoyadas en el ángulo del balcón mientras la tuna sigue cantando.)*

SOFI.— Me he desahogado...

ANA MARI.— Pero... ¿por qué?

SOFI.— Escucha.

VOCES ABAJO.— Va por ti, Sofi... A la chica más guapa de Madrid, una, dos, tres...

En la noche de claros luceros,
la que yo más quiero,
hoy vengo a cantar...
Sal al balcón,
mi corazón,
ahora que pasa la ronda...

SOFI.— Escucha..., escucha... (*De pronto se oye jaleo abajo. El canto se quiebra y se escuchan discusiones.*) ¿Qué pasa?

ANA MARI.— (*Asomándose al balcón.*) Esa mujer...

SOFI.— Pero no se atreve... Es cobarde... Mira, mira... quién viene... José Luis. Es José Luis.

VOZ DE JOSÉ LUIS.— Sofi..., Sofi... Me han aprobado..., me han aprobado... (ANA MARI, *al oír esto, se mete dentro y se deja caer llorando en una silla.*)

SOFI.— ¿Qué te pasa, mujer? ¿No lo estás oyendo? Ha ganado. José Luis ha ganado. Vamos, mujer, no llores. Es un triunfo.

ANA MARI.— Déjame. ¿Cómo te atreves?... (*Se abre la puerta y entra PACO en pijama..*)

PACO RUIZ.— Pero, bueno, ¿qué pasa? ¿Es que ya ha empezao la fiesta? ¿Cómo no decís que se callen a esos gamberros? ¿Es que no se puede dormir en esta casa?

SOFI.— Cantan al muchacho.

PACO RUIZ.— ¿Qué dices?

SOFI.— Que es como si hubiera resucitado... (*Se abre la puerta y entra JOSÉ LUIS, despeinado, el nudo de la corbata deshecho, algo bebido, radiante. Viene con PEPE SANTANA y los dos están eufóricos.*)

JOSÉ LUIS.— (*Dirigiéndose a SOFI, sin reparar en ANA MARI.*) Sofi..., Sofi..., He ganao el primer ejercicio. Todo gracias a ti. Tú me diste fe... Tú sola...

SANTANA.— La ruta hacia el triunfo está empezada... (SOFI, *para evitar el abrazo de JOSÉ LUIS, sale rápidamente de la habitación.*) Eh..., que hay que mojar esto. Hay que mojarlo por todo lo grande... (*Al ver llorar a ANA MARI.*) ¿Qué te pasa, Ana Mari?

PACO RUIZ.— (*A JOSÉ LUIS.*) Enhorabuena, macho... (JOSÉ LUIS *acaba de reparar en ANA MARI y se encuentra cohibido, pero al fin se dirige a ella.*)

JOSÉ LUIS.— Ana Mari... He aprobado... Perdóname... Eran los nervios...

SANTANA.— Pero ¿no estás oyendo, mujer? Que ya se acaban las preocupaciones... (ANA MARI *se levanta, airada.*)

ANA MARI.— Cínico..., cínico..., sois todos unos cínicos. ¿Es que no sabéis lo que ha pasado?

JOSÉ LUIS.— Fue una tontería... Los nervios... Luego, Sofi es una chica tan... ¿Verdad, tú?, simpática...

PACO RUIZ.— Ah, es verdad, tú, se me olvidaba. El chico, que...

JOSÉ LUIS.— ¿El chico? ¿Qué chico?

SANTANA.— Ah, sí... El enfermo... (*Señala la cama vacía.*) ¿Qué?

PACO RUIZ.— Palmó hace cosa de una hora...

SANTANA.— ¿Que... palmó? Pero ¿tan mal estaba?

PACO RUIZ.— Las mujeres se impresionan.

ANA MARI.— Cínicos..., egoístas...

SANTANA.— También es mala pata.

JOSÉ LUIS.— (*Algo aturdido.*) Y esos ahí cantando... Y yo voy y apruebo mientras el otro palmaba... También es casualidad... Pero ¿qué le vamos a hacer? Ana Mari, soy notario como quien dice... ¿Sigues enfadada conmigo? No seas así, mujer...

ANA MARI.— Sinvergüenza... Vete con la Sofi... Vete al infierno.

SANTANA.— (*Que se ha asomado al balcón.*) La Sofi se va con los de la tuna... Irán de juerga. Nosotros también hemos de celebrarlo... Vamos con ellos. También el chico hubiera venido con nosotros...

PACO RUIZ.— El está mejor que nosotros. Morirse a los veinte años. Eso es ganar una oposición. (*JOSÉ LUIS besa a ANA MARI, que poco a poco empieza a ablandarse.*)

JOSÉ LUIS.— Tienes que perdonarme, mujer. Estaba muy nervioso. Tenía miedo. Has de hacerte el cargo...

SANTANA.— Es natural... Los nervios ciegan...

JOSÉ LUIS.— Pero al terminar el examen..., que te diga éste..., sólo pensé en ti.

PACO RUIZ.— Bueno, lo mejor será largarnos. Tampoco conviene estar alegres aquí mismo.

SANTANA.— Sí, vámonos. Es triste lo del muchacho, pero ya no tiene remedio.

ANA MARI.— Yo no me moveré de aquí. Tú dijiste que debíamos estar aquí.

PACO RUIZ.— Volveremos en seguida. Yo voy a vestirme. (*A SANTANA.*) ¿Me acompañas tú?

SANTANA.— Sí. (*Mutis los dos.*)

JOSÉ LUIS.— Hazte cuenta de que hemos despertado de un mal sueño. Ahora vamos a vivir. Qué peso se me ha quitado de encima... Nunca creí que llegara este momento, te lo juro... (*ANA MARI solloza, totalmente vencida, mientras se abrazan.*)

(*Telón.*)

